

CUARTO DE LIBRA CON BALAS / CERDOS Y KARATE

Un estudio pulp

VÍCTOR HERNÁNDEZ CASTILLO



2022



Cuarto de libra con balas
/ Cerdos y karate
(Un estudio pulp)

VÍCTOR HERNÁNDEZ CASTILLO





Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez

Victoria María Montemayor Galicia

Arturo Loera Acosta

Luis Fernando Rangel

Nidia Paola Juárez Méndez

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial y Fomento a la Lectura

www.lacreatura.mx

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Víctor Hernández Castillo

Arte de portada

Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua
Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia Centro.
ISBN en trámite



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022-2023



Chihuahua es capital de jóvenes escritores, mujeres y hombres que han encontrado en la palabra una herramienta para construir nuevas realidades, más humanas, más habitables.

El Programa Editorial de Chihuahua (PECH), que el Gobierno Municipal despliega a través de su Instituto de Cultura (ICM), representa una plataforma sólida para las nuevas generaciones de ensayistas, dramaturgos, novelistas, cronistas, cuentistas y poetas.

PECH es semillero de las letras en Chihuahua capital; a través de este programa, nuestra ciudad se adentra en el territorio de escritores emergentes y con trayectoria.

Para toda mujer u hombre que se dedica a la literatura, la oportunidad de ser publicado representa el despunte de su mayor pasión, una que, a su vez, llevará a los amantes de la lectura en la conquista de mundos mejores.

El Gobierno Municipal cumple, y prueba de ello es nuestro programa editorial que, desde su creación hasta esta edición, alcanza las 47 obras publicadas dentro de sus tres colecciones: Soltar las Amarras, Escritores con Trayectoria e Historias de mi ciudad.

Así, a través de la palabra escrita, de la literatura, de ideas frescas y escenas imaginarias de nuestra cotidianidad, hacemos de Chihuahua capital un municipio de escritores, jóvenes mujeres y hombres que con su intelecto y disciplina hacen de Chihuahua, la capital que da norte a México.

Lic. Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

No todas las personas que empuñan un bolígrafo o se inclinan sobre el teclado quieren desplegar un universo de ficción, pero todos pretenden ejercer idéntica maravilla: la transmisión del pensamiento.

(Millán J. A. en Gómez Font et al.,2015, p.5)

El pensamiento crítico es clave para el desarrollo integral del humano, y no hay mejor forma de desarrollarlo que mediante la escritura. Podría decirse que redactar es una herramienta para comunicarse, pero esta definición no le hace justicia a la maravilla de la escritura hecha literatura, donde aquel que porta la pluma entra a una realidad del pensamiento y articula ideas, vivencias y sueños al nivel de la conciencia para poder ser entendido por un afortunado lector. En el Programa Editorial se tiene como principal objetivo no solo publicar, sino ampliar el alcance de esas historias, historias que nacieron entre nosotros y deberíamos sentirnos orgullosos de tener en nuestras manos.

Entre cuentos, poemas y ensayos se da a conocer la esencia del escritor chihuahuense. Me es muy grato presentar a los autores que en esta edición publican su obra, algunos ya conocidos, otros emergiendo con su primera publicación, pero todas y todos ahora formando parte del acervo literario cultural chihuahuense. Enhorabuena.

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura de Municipio



Cuarto de libra con balas
/ Cerdos y karate
(Un estudio pulp)

VÍCTOR HERNÁNDEZ CASTILLO

Pulp Reality

Depresión, locura y mucha acción

Por: Victor Velo.

Atreverse a escribir con honestidad es posiblemente el trabajo más complicado que existe en el mundo literario. Abrirse de capa y mostrar nuestros demonios, nuestro humor y nuestra forma de ver el mundo es complejo, principalmente cuando pensamos en la cantidad de lectores a los que puede llegar, en el ojo crítico que se posará sobre ese texto que es corazón, riñones y pensamiento, o en ese pedazo de alma que se regala a la sensibilidad de un extraño.

Víctor Hernández Castillo asume estos riesgos con maestría y desparpajo, en dos obras que se caracterizan por ser viscerales, caóticas y llenas de acción. Toma como plataforma situaciones cotidianas y las transforma, a partir de elementos que destrozan toda convención, llevando a sus personajes a caer en una demencia que resulta deliciosa para el ojo lector, por lo descabelladas que pudieran ser para aquellos que las viven.

En **Cuarto de libra con balas**, claro homenaje a la aclamada película de Quentin Tarantino: *Pulp Fiction*, Hernández propone un asalto a una cadena de hamburguesas que fácilmente podríamos dibujar en nuestras mentes con los colores rojo y amarillo en su decoración, haciendo alusión a las cadenas comerciales que se hicieron tan populares en la época de los años 90. Los personajes de esta obra están atrapados en su trabajo, en la cotidianidad que implica levantarse cada

día, para ir a un trabajo que odian, para pagar una escuela que no les satisface y con la esperanza —ilusa— de tener un futuro mejor, donde su jefe explotador no sea más que un mal recuerdo.

En **Cerdos y Karate**, una familia tan tradicional como cualquiera, saca a relucir sus peores conductas con la llegada de dos cerdos a la casa y la amenaza de perder su lugar de residencia a causa de los pagos de renta atrasados. Tomando como pretexto la de por sí caótica relación familiar que se torna cuando se vive con adolescentes, el autor se atreve a llevar a sus personajes por los caminos más intrincados de las relaciones humanas: el reclamo, la envidia, la preocupación y la violencia son el marco donde se mueve una familia que no sospecha hasta dónde puede llegar cuando rebase sus límites morales.

La influencia cinematográfica de Guy Ritchie y Quentin Tarantino es visible y descarada, y no por eso menos efectiva en la obra de Víctor Hernández Castillo. Suena más a homenaje que a copia y es un homenaje bien hecho. Toma como marco referencial a estos y otros autores y los traslada a su propia cosmovisión del universo, como si tratara de decirle al lector (que también podrá ser espectador) que esas historias disparatadas podrían suceder en Chihuahua, que la imaginación se cultiva también en estas tierras y que los elementos fuera de contexto, apareciendo de la nada, pueden también resonar como algo propio.

Finalmente, la dramaturgia de Víctor Hernández Castillo ha adquirido una voz propia que suena fresca, libre y descarada,

que le da un respiro al teatro del norte del país con textos que reflejan la influencia que tenemos como frontera con los Estados Unidos, que habla por su generación y la desfachatez de la misma. Son textos que invitan a seguir leyendo, arrastrados por el morbo y la constante interrogante del «qué pasará», son dramaturgias que proponen acción e intensidad, son absurdos que reflejan la insatisfacción de una parte de la sociedad.

Es la esperanza de quien redacta estas líneas, que estos textos lleguen a los ojos de un director teatral competente (y descarado) que pueda llevarlos a escena y que, si tenemos suerte, podamos disfrutar muy pronto. Pienso que valdrá la pena.

Serenity now, insanity later.
Seinfeld, Steve Koren, 1997

Cuarto de libra con balas

Minuta de un atraco

En 2016 una no muy conocida cadena de hamburguesas de la ciudad de Chihuahua fue asaltada por un par de ladrones nada experimentados que se jactaban de pertenecer al gremio artístico local. La historia de los acontecimientos fue contada lo más fielmente posible por uno de los protagonistas.

Personajes.

Luis:

Hombre de aproximadamente 40 años, lleva ropa de vestir.

Ariel:

Joven de 20 años, lleva el uniforme de empleado.

Ana:

Mujer de 23 años, también lleva uniforme.

Tomás:

Joven de 18 años, uniformado.

Soledad:

Mujer de aproximadamente 50 años. Se le ve desarreglada.

Marisa:

Mujer de 25 años, usa ropa negra, tatuajes y el cabello teñido.

Samuel:

Unos 23 años, parece el típico matado en la escuela.

Oskar:

De 26 a 30 años, su vestimenta asemeja a la del Che Guevara.

Erick:

Niño de 12 años, lleva uniforme de primaria.

Para montarse preferentemente en una sola secuencia.

Ariel, Luis y Ana están encerrados en un baño del restaurante.

Luis: Miren... sabandijas, me vale madre lo que hagan saliendo del trabajo. No me importa si duermen debajo de un puente ahogados de borrachos o si se cogen cariño entre ustedes, en serio, no hay nada que importe tan poco como que sus madres tengan que alimentarlos con una sonda porque se quedaron pendejos por las chingaderas que les vende su vecino...

Ariel: No deberías hablar así frente a Ana.

Luis: Ariel, te veo y me dan unas ganas tremendamente peligrosas de tomar tu cabeza y meterla de golpe en la freidora para borrarte esa sonrisita que siempre tienes.

Ariel: Ya, déjanos ir, ¿qué tal si alguien quiere usar el baño?

Luis: Desde ahora, todas las mañanas voy a revisar sus mochilas y van a realizar un examen psicométrico y psicomotriz. *(Saca una botella y la vacía en el lavamanos)* A esto me han hecho llegar. Si descubro pedo o pacheco a cualquiera de ustedes en horas de trabajo me lo pongo de patitas en la calle, he despedido gente por menos. ¿Se acuerdan de Oskar? A ese lo corrí por su cara de pendejo, ¿cómo ven? Si quiero, puedo dirigir este lugar yo solo. Soy ingeniero, ¿sí sabían? Que no se les olvide.

Ariel: Sí, ya, hombre, como sea.

Suena la cadena de un baño descargando. Luis abre la puerta rápidamente y Ana sale.

Luis: *(Cortándole el paso a Ariel)* Ariel, hasta ahorita eres el morro que más me ha cagado la vida, neta que no nos partimos la madre ahorita porque hay un cliente...

Sale Tomás de la puerta del baño.

Luis: ¿Qué chingados haces ahí? Te estuve buscando para que fueras parte de la cagotiza.

Tomás: Me sentía mal del estómago, pero sí escuché.

Luis: ¿Qué escuchaste?

Tomás: Lo de los exámenes psicométricos y psicomotrices todos los días.

Luis: Una mente maestra tenemos aquí, deberías aplicar para la Nasa en lugar de estar aquí vendiendo hamburguesas.

...

Luis: Ariel, limpia el desmadre que hizo el cerebro de la dupla.

Luis sale. Ariel saca un cepillo y un balde.

Tomás: Yo lo hago, es mi mierda.

Ariel: Neta, me caga ese cabrón. Ya que se lo cojan o algo para que se tranquilice.

Tomás: ¿Por qué no te lo madreaste?

Ariel: ¿Qué?

Tomás: Él dijo que no te golpeaba porque había clientes y era yo.

Ariel: Es culito, se me abre.

Tomás: ¿La botella era tuya?

Ariel: Pues sí, ¿de quién más iba a ser?

Tomás: ¿Te fijaste que Ana no te echó de cabeza? Se me hace que sí le gustas.

Ariel: No mames... Esa morra está en otro nivel. Le gusta estudiar, leer, hasta se esfuerza en el trabajo.

Tomás: Justo por eso te pudo haber delatado, para quedar bien con Luis. Te aseguro que si yo hubiera traído esa botella ya estaría con mis cosas afuera.

Ariel: Pinche coraje, neta, ni que me hubiera salido tan barata, tengo ganas de ir a echarles unos gargajos a las hamburguesas.

Tomás: Yo comía aquí antes de saber que la gente hacía eso.

Ariel: Voy con Ana para agradecerle, a ver qué me dice.

Ariel sale del baño y se dirige a la caja donde está Ana. Ana se nota preocupada y pensativa.

Ariel: Oye, Ana, gracias por no decir nada.

Ana: Neta, neta, neta que me debes una.

Ariel: Ya sé.

Ana: Estar atrapada ahí 20 minutos con Luis gritando y todo por tu culpa ya es otro nivel de amistad.

Ariel: Te lo compensaré.

Ana: ¿Qué tienes?

Ariel: Nada, estoy bien.

Ana: ¿Que si qué tienes para ofrecerme?

Ariel: Acabo de comprar un poco de mostaza.

Ana: ¿Mostaza?

Ariel: Mostaza, mois, Mary Jane, María.

Ana: Ah, ya.

Ariel: Sé que no es mucho tu estilo, pero es lo que tengo.

Ana: Está bien, puedes darme un poco.

Ariel: ¿En serio?

Ana: Sí, ¿qué tiene?

Ariel: Pensé que no fumabas.

Ana: A veces lo hago cuando se me acumula el estrés y, créeme, es muy fácil que me pase eso.

Ariel: Siempre te vi como una persona demasiado recta y así. *(Saca una cajetilla de cigarros)* La puse dentro de los cigarros para fumarla más fácil.

Ana: Genial.

Ana guarda los cigarros.

Ariel: Si quieres, cuando salgamos podemos ir a un parque y nos ponemos a platicar un rato.

Ana: Sale, necesito despejarme luego de lo que pasó.

Entra Luis, que va directo a la caja.

Luis: Con permiso.

Ana: ¿Qué haces?

Luis: El corte.

Ana: Todavía falta una hora.

Luis: Quiero hacerlo en este momento, voy a irme temprano. Lo demás que se venda lo metes al turno de la noche.

...

Luis: Falta.

Ana: No creo... ¿Puedes volver a contar?

Luis: No voy a hacer eso. Mira, hay dos posibilidades: o yo soy un pendejo, o le encargué la caja a la única mujer que pasó la preparatoria sin saber contar. ¿Cuál es?

Ana: A lo mejor le di mal el cambio a alguien.

Luis: No vas a reponerlo en este instante, no te preocupes, mañana te llegará el pago incompleto.

Luis se va y Ana se esfuerza en controlar el llanto.

Ariel: ¿Estás bien?

Ana: ¡No, no estoy bien!

Ariel: Es un imbécil, a cualquiera se le puede ir mal el cambio.

Ana: ¡Óyeme!, no estoy pendeja, ese dinero lo tomé prestado.

...

Ana: Mi mamá vino más temprano y tuve que darle dinero para comprar las medicinas de mi hermano.

Entran al establecimiento un par de clientas.

Ana: Buenas tardes, ¿qué va a llevar?

Marisa: Estamos viendo todavía, gracias.

Ariel: ¿Las pastillas de tu hermano?

Ana: Sí, está en tratamiento, si no se las toma puede darle epilepsia.

Ariel: Qué mal.

Ana: Total que más tarde iban a venir a prestarme dinero para

reponerlo, se suponía que Luis no se iba a dar cuenta, pero de seguro se le ocurrió irse antes por lo de ahorita.

Soledad: Queremos tres combos grandes.

Ariel: (*Adelantándose a Ana*) Lo siento, señoritas, pero no podemos atenderlas en estos momentos.

Marisa: ¿Como por?

Ariel: La computadora está trabada y no hay sistema.

Marisa: Tenemos hambre, déjame hablar con tu supervisor; esto es increíble.

Ariel: Voy a preguntar cómo solucionarlo.

Marisa: Llevo años comiendo en este lugar y nunca había pasado eso.

Ariel vuelve muy rápidamente.

Ariel: Podemos atenderlas sin darles el ticket y regalarles unas papas grandes por los inconvenientes.

Marisa: Me parece bien, ¿ya qué nos queda?

Hacen la transacción.

Ariel: Les llevo la comida cuando esté lista.

Ana: ¿Por qué hiciste eso?

Ariel: Para que devuelvas lo que falta... Si no lo registras en la computadora nunca existió.

...

Ariel: Si lo haces otras cuatro o cinco veces quedas a mano.

Ana: Yo no quiero robarle a mi trabajo.

Ariel: Yo soy el encargado del inventario, es imposible que Luis se dé cuenta.

Ana: No es eso, se trata de mi integridad...

Ariel: Pero si tu integridad se rompió cuando tomaste dinero de la caja.

Ana: Tengo que ir afuera un momento.

Ariel: ¡Ana! No estaba hablando en serio, no te enojés.

Ana sale. Ariel se golpea la cabeza culpándose por ser un idiota.

Ana, en la parte trasera del restaurante, utiliza el teléfono.

Ana: Bueno, mamá, ¿cómo está mi hermano?... Sí, qué bueno que no le pasó nada, pero tienes que decirme antes de que se le acaben para comprarlas con tiempo... Sí, ya veré cómo le hago, te lo dejo porque estoy en el trabajo. *(Manda un mensaje de voz)* Oskar, se cancela, ya no vengas.

Ana saca la cajetilla de cigarros, toma uno, duda y empieza a fumar. Al poco tiempo aparece Luis y Ana tira rápidamente el cigarro al piso.

Luis: ¿Qué te pasa?

Ana: Perdóname, Luis, te prometo que no lo volveré a hacer.

Luis: Ni que fueras mi hija, me vale madres si te sales a fumar un rato.

Ana se queda en silencio, confundida.

Ana: ¿No te molesta el olor?

Luis: Soy anósmico, perdí el olfato hace años. Si no, no soportaría trabajar en este lugar, ustedes deben estar oliendo a grasa todo el día.

Ana: No sabía eso.

Luis: No es algo que ande gritando a los cuatro vientos, y tampoco te dan un gafete para estacionarte donde te dé la gana. Lo peor que me podría pasar es morir en una explosión de gas, pero para serte sincero no me importa.

Luis busca en sus bolsillos una cajetilla de cigarros inexistente.

Luis: Olvidé mis cigarros dentro, regálame uno.

Ana: No... Mejor sí ve por los tuyos.

Luis: ¿Sigues enojada por lo del dinero? Perdóname, sé que no debí hablarte así, pero es que Ariel me tiene harto. Claro que no te voy a descontar todo de un jalón, lo voy a hacer poco a poco, para que no lo resientas.

Ana: *(Dudando)* Toma... No creo que te gusten.

Luis enciende el cigarro y fuma.

Luis: Sabe un poco raro.

Ana: Son nuevos, de esos de sabores.

Luis: No entiendo a los jóvenes, ¿por qué todo tiene que tener sabor? Los vicios deben saber mal, no a pinches fresa o sandía, ¿menta?, ¿pepino?, ¿qué sabor es?

Ana: No sé, apenas los compré hoy.

Luis: Son mejores los clásicos, unos Marlboro, Camel, Faros o qué sé yo... Pero estos aguantan.

Ana: Sí, a mí también me gustan los clásicos.

Luis: Pinches morros de hoy en día se creen que saben más que uno.

...

Luis: Pero a esa edad no saben nada, si supieran cosas no me hubiera casado tan joven... ¿Cuántos años tienes?

Ana: 23.

Luis: Apenas, apenas estás en edad de decidir qué quieres ser, tú tienes cara de que eres inteligente, no como el pinche Ariel y el Tomás, esos morros están para el arrastre.

...

Luis: ¿Crees que soy duro con ellos?

Ana: Hoy como que sí te pasaste un poquito.

Luis: No soy así de malo nada más porque sí. Lo hago por su bien, el mundo es muy cruel, Ana.

Ana: ¿El ser culero cómo les ayuda?

...

Luis: ¿Qué?

Ana: ¿Que sí el ser grosero cómo les ayuda?

Luis: Es algo a largo plazo... Mira, pronto tendrán una familia que no pidieron, una mujer que no los respeta y que parece que lo

único que sabe hacer es sacarte todo lo que tienes. Sus padres en ese punto ya estarán muertos o agonizando y, entonces, cuando se encuentren al borde de la desesperación, pensarán: «Me sentía peor cuando vendía hamburguesas para Luis, esto no es tan malo». Si les hago la vida un infierno ahora, cuando tengan problemas de verdad no lo van a sentir.

Ana: No te pases, Luis, a eso se le llama ser ojete, nada más.

Luis: Yo antes no era así.

Ana: ¿No?

Luis: No. Antes todo el mundo me quería... Era ingeniero, ¿sí sabías?

Ana: Algo así escuché.

Luis: Tenía una familia que me amaba.

Ana: ¿Te quieres sentar un rato?

Luis: ¡No me toques!

Ana: Ok, ok, no te toco.

...

Luis: Era ingeniero... Luego perdí a mis hijos.

Ana: Luis, no creo que quieras hablar de eso conmigo.

Luis: Pinche ropa de nerd que nos hacen usar, ¡soy el jefe! Debería poder vestirme como yo quiera.

Ana: ¿Cómo te gustaría vestirme?

Luis: No sé, con algo que imponga respeto... No de traje, de traje no... Como el pinche abogaducho que se anda cogiendo a mi exesposa.

Ana: Yo me pondría una capa y guantes hasta los codos.

Luis: Está chido, una capa... Los abogados de divorcios deben tener muchas mujeres.

Ana: No creo, debe ser algo en contra de su ética o su juramento.

Luis: Ética, si tuvieran ética yo no estaría pagando la pensión de

tres niños que no son mis hijos.

Ana: O sea, ¿cómo?

Luis: Pasé 10 años pensando que mi esposa me era fiel para al final darme cuenta de que ninguno de mis hijos es mío. Resulta que soy estéril. Estéril, anósmico, solo me falta estar ciego.

...

Luis: Odio a esos niños... desearía que estuvieran muertos.

Ana: Ya, Luis, no sabes lo que dices, vamos adentro.

Ana lo toma del brazo y Luis la abraza.

Luis: Ayúdame, no sé qué me está pasando.

Entran.

Dentro, Ana sienta a Luis en una de las mesas y le lleva un vaso con agua. Tomás está detrás de la barra. Ariel llega con Tomás después de dejar la comida a las clientes.

Tomás: ¿No se te hace raro que haya pedido tres combos?

Ariel: Me vale madres, la verdad.

Tomás: Es un chingo de comida y luego todavía les regalaste unas papas... ¿Crees que debería empezar a hacer ejercicio?

Ariel: Pues sí, güey.

Tomás: ¿Vamos los dos saliendo del trabajo?

Ariel: Ya estás grandecito para poder ir solo.

Tomás: Cómo eres mamón, yo te decía por convivir.

Ariel: ¡Es que pinche madre! Otra vez la cagué con Ana.

Tomás: ¿Eso qué tiene que ver con hacer ejercicio?

Ariel: Nada... La invité a salir y se encabronó porque me reí de ella por agarrar dinero de la caja.

Tomás: No mames.

Ariel: Ni digas nada porque ya lo pagó.

Tomás: No aguanta nada, esa morra tiene demasiada dignidad para ti.

Ariel: No sé por qué Oskar no viene a molestar de una vez.

Tomás: ¿Dónde está?

Ariel: En su carro, de aquí se ve.

Tomás: A lo mejor está esperando que se vaya Luis para venir a platicar.

Ariel: Vieras cómo me caía mal: «Soy pintor», «el sistema está corrompido», «maldito capitalismo». Qué vergüenza ser zurdo y trabajar vendiendo hamburguesas, que por cierto a mí me salen mejor. ¡Mira nada más cómo se las comen!

Tomás: No seas maleducado, no te les quedas viendo.

Ariel: Me da como cosa.

Tomás: Sí, pero no las veas.

Ana se acerca a ellos tratando de parecer calmada.

Ana: Necesito que me ayuden.

Ariel: Yo saqué la basura ayer.

Tomás: ¿Ya viste quién está afuera?

Ana: Le di uno de tus cigarros a Luis.

Ariel: ¿Por qué hiciste eso?

Ana: No tuve opción, me emboscó.

Ariel: ¿Está muy enojado?

Ana: Ariel, se lo fumó todo.

Ariel: ¡No seas pendeja!

Ana: ¿Qué me dijiste?

Ariel: Ana, uno de esos está bien apenas para los tres, ¡no mames!

Ana: Óyeme, no me hables así.

Ariel: Hay que meterlo al cuarto de las escobas hasta que se le baje.

Luis se levanta y empieza a ver fijamente a las clientes.

Luis: ¿Por qué nadie les ha dado servilletas?

Ana: Ven, Luis, acompáñame.

Luis: Estas pobres clientas tienen las manos y las caras manchadas de grasa y ustedes no hacen nada al respecto, ¿cómo pueden soportarlo?

Ana: No grites.

Luis: Estoy hablando normal.

Los cuatro entran al cuarto de las escobas. Escuchamos la conversación de Soledad y Marisa.

Soledad: Ese señor tiene razón, tu cara está muy sucia.

Marisa: Está loco, ¿no te pareció raro que tenía la mirada perdida?

Soledad: Ni siquiera me fijé.

Marisa: Este lugar nunca me gustó, pero me trae buenos recuerdos de cuando me traías aquí de niña, hasta les logramos sacar unas papas gratis.

Soledad: En serio, tienes que limpiarte.

Marisa: Mamá, me caes mal cuando te pones así, ¿a quién quieres impresionar?

Soledad: A nadie. Ultimadamente haz lo que quieras, ya estás grande.

Marisa: Gracias. ¿Estás segura de que no quieres papas?

Soledad: Marisa, no me gusta la forma en la que estás comiendo.

Marisa: Ya vas a empezar con lo mismo...

Soledad: Tienes que cuidar tu salud.

Marisa: ¡Otra vez! Eso que haces se llama *body shaming*, deberías estar orgullosa de la hija que tienes.

Soledad: El orgullo no me quita la preocupación.

Marisa: Soy perfecta tal como es mi cuerpo. Lo que pasa es que la sociedad está enferma y te impone estándares de belleza ridículos y poco saludables, existen muchos tipos de cuerpos.

Soledad: Tú eres tu cuerpo.

Marisa: ¿Qué?

Soledad: Dijiste: «Soy perfecta tal como es mi cuerpo», pero literalmente tú eres tu cuerpo, no puedes existir sin él, cuando te enfermas no vas y dices «mi cuerpo está enfermo», dices «estoy enferma», yo no digo «tengo un cuerpo diabético», digo «tengo diabetes».

Marisa: Pues deberías decirlo con orgullo.

Soledad: ¿Estás loca o qué te pasa?

Marisa: Tú más que nadie debería apoyarme, tendrías que estar orgullosa de como eres.

Soledad: ¿Crees que me gusta inyectarme el estómago todos los

días? ¿Cuántos años crees que faltan para que tengas que empezar a hacer lo mismo?

Marisa: No creo que a mí me pase eso.

Soledad: Tu abuela murió de diabetes, yo estoy a poco de que me pase lo mismo...

Un ruido proveniente del cuarto de escobas interrumpe a Soledad.

Soledad: ¿Te sientes tan especial?, ¿piensas que estás a salvo?

Marisa: ¿A qué te refieres?, ¿cómo que estás a poco de que te pase?

Soledad: Dentro de una semana me van a cortar la pierna. ¿Quieres que te la enseñe para ver si cambias de opinión?

...

Soledad: ¿Te ha pasado que algo se revela en tu cabeza? Como si te quitaran una venda de los ojos; epifanías se llaman, son frases que se repiten en tu mente y no lo puedes evitar... Me di cuenta de que toda mi vida hice las cosas mal, sé que no estoy a tiempo de poder vivir bien, pero tú sí. Tienes una línea familiar muy enfermiza, pero puedes hacer algo para cambiarlo. Te traje aquí para que lo tomes como la última vez que comes algo así.

Se escucha un ruido más fuerte desde el cuarto de escobas.

Soledad: ¿Estarán bien?

Marisa: Mamá, ¿cuándo te van a operar?

Sale Ana en busca de una silla.

Ana: ¿Se les ofrece algo más?

Soledad: Todo bien, señorita, gracias.

Ana vuelve a entrar al cuarto de escobas cargando la silla. Dentro del cuarto de escobas Luis camina de un lado a otro, Ariel y Tomás lo observan pegados a la pared.

Luis: Tengo un hambre de perro callejero, pero no quiero nada de lo que hacemos aquí, cada hamburguesa te debe quitar al menos

dos meses de vida.

Ariel: Como si vivir fuera muy divertido.

Luis: Ariel, hasta que dices algo sensato, ¿quién quisiera vivir en este mundo de mierda? Y peor si tienes que venir todos los días a llenarte las manos de grasa para tener un sueldo miserable.

Tomás: Sí está difícil, sí está difícil.

Luis: Hagamos un suicidio colectivo. Imagínense la noticia de cuatro cabrones que se matan en una pinche cadena de hamburguesas sin renombre, ¿qué otra manera tenemos de dejar huella?

Ariel: No seas mamón, Luis, mátate tú, nosotros somos jóvenes, aún podemos hacer cosas.

...

Luis: A ver... Tomás, ¿tú qué quieres ser?

Tomás: Pues...

Luis: ¡Responde rápido, hombre! Por eso nunca te pongo en la caja.

Tomás: Me gustan las computadoras, el año que entra voy a estudiar sistemas.

Luis: Va, muy bien, inteligente de tu parte. ¿Tú, Ana?

Ana: Voy a la mitad de la carrera de administración.

Luis: Algo así me suponía de tí, tienes así, toda la cara de mujer responsable.

...

Ariel: ¿No me vas a preguntar a mí?

Luis: ¿A tí para qué?

Ariel: ¿Para nada?

Luis: Te apuesto a que no vas a salir de aquí nunca. A ver, dime, ¿qué plan tienes?

...

Luis: Lo sabía, tendrás suerte si dentro de cinco años me muero y a ti te dan la oportunidad de volverte gerente. A ellos no los veo más de un año trabajando aquí.

Ariel: Tú también terminaste aquí, ¿o no?

Luis: Sí, pero yo porque la vida me castigó mandándome una mujer que no sabe cerrar las piernas. Antes tenía un trabajo que tú nunca podrías soñar, pero no iba a dejar que se quedaran con algo de eso aquella zorra y su prole de bastardos.

Ana: Luis, siéntate, te traje una silla.

Luis: Gracias, eres la mejor.

Ana: (*Susurrando*) Ariel, ¿cuánto tiempo le va a durar el efecto?

Ariel: No sé, me vale verga.

Ana: Dime. No se puede quedar aquí todo el día.

Ariel: ¡No sé!, esa yerba la conseguí hoy, solo le pedí a mi vecino la más fuerte que tenía.

Luis: ¿Qué dijiste?

Ana: Luis, siéntate.

Luis: ¿Me drogaron, idiotas?

Ariel: ¿Cómo nos escuchaste?

Luis: No estoy sordo, pendejo.

Se levanta y toma un trapeador para defenderse.

Luis: Es por los exámenes psicométricos, ¿verdad? ¡Quieren matarme por ser un buen gerente!

Ariel: Cálmate.

Luis: ¡Me quieren violar, malditos!

Ana se le acerca lentamente y le dice algo al oído.

Ana: Sálganse.

Ariel: No te vamos a dejar sola con él.

Ana: (*Acariciando la cara de Luis*) Tengo todo controlado. Espérenme afuera.

Ariel y Tomás salen.

Fuera del cuarto de escobas.

Ariel: ¡Hijo de perra!

Tomás: Tranquilo, no vas a trabajar aquí para siempre.

Ariel: Yo no soy como ustedes. No tengo ningún plan.

Tomás: ¿De verdad no quieres ser nada?

Ariel: ¡No! Y esto te lo digo en serio, no quiero hacer nada con mi vida, no me importa y me caga la gente que se toma demasiado a pecho la idea de ser «alguien». Obviamente en la madrugada la culpa me dice que debo hacer algo, pero la sensación de que nada vale la pena es mucho más fuerte... A veces me ayuda a dormir.

Tomás: Si te hace sentir mejor, se siente peor querer ser alguien.

Ariel: Ya sé...

Tomás: ¿No estás preocupado por lo que va a hacer Luis cuando salga?

Ariel: ¿Te digo un secreto? Hace un segundo me dejó de importar. Solo así. *(Chasquea los dedos)*

Tomás: ¿Solo así? *(Hace el mismo gesto)*

Ariel: Inténtalo más seguido, es como un interruptor. *(Chasquea los dedos)* Me preocupa, *(Chasquea los dedos)* no me preocupa.

Tomás: *(Haciendo el gesto)* Creo que funciona, es fácil.

Ana sale del cuarto.

Ana: Rápido, denme sus cinturones.

Se los quitan y Ana vuelve a entrar.

Tomás: ¿Qué crees que esté haciendo?

Ariel: No sé. *(Chasquea los dedos un poco más rápido)*

Tomás: ¿Crees que le esté haciendo unos «favores» para calmarlo?

Ariel: Pues igual y sí.

Tomás: ¿Eso tampoco te molesta?

Ariel: *(Chasque los dedos más rápido)* Mira, mira lo que estoy haciendo... Siempre he sabido que ella no es para mí, por más que me guste nunca vamos a ser otra cosa que compañeros y se acabó, O.K., deja de estar chingando.

Ana sale.

Ana: Vigílenlo ustedes un momento, tengo que ir al baño.

Ana se retira. Ariel y Tomás entran.

Marisa se rehúsa a mirar a Soledad.

Soledad: ¿Qué?, ¿ya no me vas a hablar? ¡Contéstame, Marisa!

Marisa: ¿Cuándo planeabas decirme que estabas tan mal?

Soledad: Nunca, se me hizo justo que supieras una semana antes de la operación.

Marisa: ¡Eres una egoísta!

Soledad: ¿Egoísta, yo? Tú estabas muy ocupada en tus cosas como para darte cuenta de que esta enfermedad me consume y lo hará contigo si no cambias.

Marisa: ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Cómo te tengo que cuidar?

Soledad: No tienes que preocuparte por nada.

Marisa: ¿Vas a contratar a alguien?

Soledad: Es importante que dejes de comer antes de que lo diga.

...

Soledad: Voy a regresar con tu padre.

Marisa toma todo su refresco, va a la máquina y llena su vaso, va al mostrador y espera un poco. Como nadie la atiende, regresa con Soledad.

Marisa: ¡No puedes volver con él!

Soledad: No tengo otra opción, ¿quién más podría quererme?

Marisa: ¡Si regresas con él después de todo lo que nos hizo eres una tonta! ¿Qué clase de ejemplo estás dando como mujer?

Soledad: ¿Podemos dejar de hablar de lo que quieres de mí y hablar de lo que yo quiero?

Marisa: Es que...

Soledad: Es que nada. Esto te va a parecer imposible de aceptar, pero yo nunca dejé de amarlo.

Marisa: Tuvo sexo con cuatro de sus secretarías al mismo tiempo.

Soledad: No quiero que sigas.

Marisa: ¿No recuerdas que tuvimos que mudarnos de casa porque se metió con la vecina?

Soledad: Basta, Marisa.

Marisa: Yo extraño mucho las fiestas en familia, a las cuales ya no podemos ir porque se acostó con tu hermana.

Soledad: ¡Todo estaba bien entre nosotros hasta que me embaracé de ti!

Ana, que volvía del baño, al escuchar eso decide regresar.

Marisa: Es de esperarse, es un maldito misógino.

Soledad: Marisa, era yo la que no te quería, me perturbaba la idea de tener a alguien dentro de mí.

Marisa: ¿Por qué no me abortaste?

Soledad: Debes aprender a escuchar, «tener alguien dentro». El hecho de que un extraño viviera dentro de mí me asqueaba, pero en ese tiempo así lo veíamos: como una persona, no como una cosa. No podía matarte.

Marisa: Qué tontería, solo debe ser madre la que quiere.

Soledad: Pues yo fui y no quería.

Marisa: No debiste serlo.

Soledad: Si vuelves a decir algo así te voy a cachetear. ¿Crees que se siente muy bien escuchar que lo único bueno que has hecho en tu vida estuvo mal?

Marisa: Perdóname... es que pensar en ese viejo me da mucho coraje.

Soledad: Desde el momento en que se enteró que estaba embarazada se emocionó mucho. Él estaba tan feliz que empecé a odiarlo. Le hice la vida un infierno. No sé si fueron celos, o tal vez yo pensaba que él disfrutaba con mi sufrimiento... Viéndolo en retrospectiva, juraría que me volví loca. Odio a la persona que fui en ese entonces.

Marisa: No creo que hayas sido tan mala.

Soledad: Me comportaba peor que tú.

Marisa: Gracias...

Soledad: Lo que quiero decir es que él no es tan malo como piensas.

Marisa: ¡No te atrevas a tratar de justificarlo!

Soledad: Ya soy vieja, Marisa, no me importa lo que haya pasado. Su comportamiento fue la respuesta natural a la horrible forma en que lo traté tantos años.

Marisa: Eres una masoquista. Si él está cerca te puedes olvidar de mí.

Soledad: Hija, eso lo hice hace mucho tiempo. Tienes que vivir tu vida sin la carga en la que me convertiré. Yo necesito alguien que me cuide y me haga compañía.

Sale Tomás del cuarto de escobas chasqueando los dedos compulsivamente, da unas cuantas vueltas y vuelve a entrar.

Dentro del cuarto de escobas, Luis se encuentra sentado en la silla atado de pies y manos con los cinturones.

Luis: Sí te importa, Ariel, se te nota.

Ariel: ¡Entiende que no!

Luis: ¿Para qué preguntas entonces? No preguntes cosas que no quieres saber.

Ariel: Está bien, sí me importa, lo admito, ya dime, ¿qué hicieron mientras estaban solos?

Luis: Más bien, ¿qué me hizo?

Tomás: Ariel, está tratando de hacerte enojar, no le hagas caso.

Ariel: ¿Qué te hizo?

Luis: No te voy a decir, un caballero nunca habla de una dama. Solo quería que admitieras que te gusta.

Ariel: Yo no dije eso.

Luis: Lo sé por cómo te comportas, si no te gustara estarías como Tomás, chasqueando los dedos contra la pared como niño autista.

Ariel: Cálmate un poco con eso, ¿sí?

Tomás: Creo que ya no está funcionando.

Ariel: Es cuestión de decisión, no le puedes dejar todo el trabajo a los dedos.

Luis: Desátame, Tomás, me siento mejor.

Ariel: Ni te atrevas, hay que esperar un poco más.

Luis: Ariel, no tienes que estar celoso. Es más, ¿por qué no vas y le pides un favorcito tú también a Ana? Es una tipa muy fácil.

Ariel lo golpea con la palma de la mano.

Tomás: ¡No mames, Ariel!, ¿por qué hiciste eso?

Ariel: No, yo no quería; perdóname, Luis.

Luis: Desátame ya, imbécil. ¡Ayuda!

Ariel le tapa la boca.

Ariel: Rápido, préstame tus calcetines.

Tomás se quita sus calcetines y se los da a Ariel.

Luis: No, por favor, ya no voy a gritar, lo juro...

Ariel utiliza los calcetines para tapar la boca de Luis. Ariel se sienta en el piso, exhausto.

...

Tomás: Esto ya califica como secuestro, ¿verdad?

...

Tomás: ¿Qué vamos a hacer?

Ariel se levanta, camina un poco, chasquea los dedos y golpea a Luis en la cara.

Ariel: No vamos a hacer nada, estamos sin trabajo desde el primer segundo en que lo metimos aquí, solo hay que ir por nuestras cosas y largarnos. *(Dándole la mano)* Fue un placer trabajar contigo, Tomás.

Tomás: ¿Lo vamos a dejar así?

Ariel: Si te quieres quedar a desatarlo es tu problema, yo me voy. *Empieza a irse.*

...

Ariel: Quieres hacerlo, ¿verdad?

Tomás: ¿Qué cosa?

Ariel: Hazlo, es la última vez que estarás aquí.

Tomás: ¡¿Qué?!

Ariel: ¡Golpéalo!, se siente bien.

Tomás: No voy a hacer eso.

Ariel: Tomás, tú siempre has estado del otro lado, se te nota. Solo tengo que ver cómo te paras para saber que personas iguales a Luis te han humillado diariamente durante toda tu vida.

Tomás: Yo no soy como ellos.

Ariel: Nunca vas a tener una oportunidad así, desquítate un poco.

...

Tomás golpea ligeramente a Luis.

Ariel: ¡Dale bien! Que valga la pena.

Tomás golpea más fuerte a Luis.

Ariel: ¿Cómo te sientes?

Tomás: Bien, nunca me he sentido así, siempre había sido el amigo vulnerable... Ahora sé que puede ser otra persona.

Ariel: Sí... Bueno, ahora que los dos lo golpeamos, podemos irnos.

Tomás: ¿A poco era requisito?

Ariel: Claro.

Tomás: ¿Por qué o qué?

Ariel: Todo el tiempo estuviste arrinconado en la esquina del cuarto, parecías una víctima. Ahora, cuando vengan tras nosotros, Luis va a decir que eres igual de culero que Ana y yo, es lo justo.

...

Ariel: Vámonos.

Salen del cuarto de escobas.

En la barra está formado un niño de aproximadamente 12 años con un videojuego portátil.

Ariel: Niño, ya no hay servicio, vete a comer a otro lado.

Erick: ¿Dónde está mi papá?

Tomás: ¿Quién es tu papá?

Erick: Tu jefe, se suponía que iba a recogerme saliendo de la escuela, díganle que no tiene que preocuparse, no le voy a decir a mi mamá que me olvidó el único día del mes que tiene para verme.

Tomás: Siéntate un rato, tu papá volverá como en 10 minutos.

Ariel quiere irse, pero Tomás lo detiene.

Tomás: No podemos dejarlo aquí.

Ariel: Mírame.

Tomás: Imagínate el trauma de encontrar a tu papá todo golpeado y maniatado dentro de un cuartucho.

Ariel: No sé, yo no tengo papá.

Tomás: Imagínatelo.

...

Erick: Tengo sed.

Ariel: Sírvete soda, es gratis... Ana abandonó el barco hace mucho, entre más permanezcamos aquí más jodidos estamos. Es el momento justo para irnos.

Entran por la puerta principal un par de hombres armados. Asustado, Erick derrama su soda en el piso.

Ariel: No puede ser...

Samuel: ¡Al suelo todos, cabrones, esto es un asalto!

Ariel: ¿Qué chingados estás haciendo, Os...?

Ariel recibe un golpe en el estómago por parte de Samuel, quien va directo a la caja.

Samuel: ¡Aquí no hay nada!

Oskar: ¿Cómo que no? El dinero debe estar ahí.

Aparece Ana comiendo una hamburguesa que deja caer al suelo por la impresión.

Samuel: ¡A ver, pendeja! ¿Qué hiciste con el dinero?

Oskar: Oye, no le hables así.

Ana: Oskar, te dije que no vinieras, Luis se lo llevó.

Oskar: ¿A dónde?

Ana: No sé, busqué por toda su oficina y no encontré nada.

Samuel: Oskar, esta perra nos está mintiendo. Rápido, todos formen una fila frente a mí y al suelo. *(Todos obedecen menos Ana)* ¿Qué estás esperando?

Ana: ¿Yo?

Samuel: No confío en ti.

Ana: ¡Oskar!

Oskar: Hazle caso, voy a hablar con él.

Ana se acuesta en el piso junto a sus compañeros.

Oskar: Samuel, ¿qué te pasa?

Samuel: No me pasa nada.

Oskar: Tú no eres así.

Samuel: ¿Y qué?, ¿eh?, ¿qué quieres?

Oskar: Que te relajés.

Samuel: No puedo, tú sabes que es mi primer asalto. Se suponía que iba a ser un trabajo de entrada por salida. Ya no tenemos dinero, Oskar.

Oskar: Todo va a estar bien.

Samuel: ¿Cómo pudiste confiar en ella?

Ana: ¡Yo le escribí a Oskar para cancelar el plan!

Samuel: *(Desconfiando de Oskar)* ¿Lo hizo?

Oskar: No.

Samuel: Revisa tu celular.

Oskar saca su celular y se sube a una mesa para alcanzar señal, empiezan a sonar varios sonidos de notificación.

Oskar: ¡Maldita señal barata!

Ana: ¡Te lo dije!

Samuel trata de cubrirse la cara.

Oskar: ¿Qué haces?

Samuel: Se suponía que ella iba a cortar la electricidad para que las cámaras no funcionaran.

Oskar: Por eso, las cámaras ya nos grabaron lo suficiente.

Samuel: ¡Todos! Pongan sus celulares en la bolsa... Ese jueguito también, niño.

Erick: Pero es mío.

Samuel: *(Da un zape al niño)* Dámelo.

Hay una desaprobación general de los personajes y le regresa el videojuego

Samuel: ¿Qué? Estamos en medio de un asalto.

Marisa: ¡A los niños no se les toca!

Samuel: Vaya, me sorprende lo bien que hablas cuando no tienes la boca llena de porquería, existen pequeños cuadrados de papel muy suaves llamados servilletas.

Soledad: Te dije que la gente siempre se fija en esas cosas.

Oskar: ¿Podemos hablar un momento, Samuel? *(Lo aparta un poco de los personajes en el piso)* ¿Qué te pasa?

Samuel: ¡Maldita sea!, ¿por qué todos están en mi contra?

Oskar: Mira, podemos robar sus pertenencias, gritarles un poquito para imponer respeto, a ellos dos puedes golpearlos, no pasa nada, pero... ¿cómo te explico?

Samuel: Suéltalo como sea.

Oskar: Los insultos personales no están bien, puedes dañarlos emocionalmente, no quieres ser esa clase de criminal.

Samuel: Cada quien es el criminal que puede.

Oskar: ¿Te gustaría que yo te dijera enano?

...

Oskar: ¿Apestoso?

...

Oskar: Pito chico.

Samuel: No hay manera de que puedas saber...

Oskar: Samuel, vivimos juntos, simplemente lo sé y ya.

...

Oskar: ¿Feo?

Samuel: Ahora sí te pasaste, yo no te digo nada sobre... ¡Ah!

Oskar: Oye, oye, tranquilo, no eres feo, era para poner un ejemplo de cómo se pueden sentir las personas. De hecho, creo que de los dos eres el mejor parecido.

Samuel: No te creo nada.

Oskar: ¿Verdad que es guapo?

Aprobación casi general de los personajes.

Marisa: A mí la verdad no me lo parece.

Oskar: No le hagas caso, sigue enojada por lo de las servilletas, te viste muy grosero.

Samuel: Toda la situación me está poniendo muy mal, y no hablo solo del asalto. Seguramente lo has notado, últimamente todo me enoja o me entristece. No he podido conseguir trabajo y están a punto de correrme de la escuela de Arte.

Oskar: Ya hablamos de eso, no los necesitas, que se jodan. Lo que haces no se puede calificar.

Samuel: Ni siquiera sé quién soy.

Oskar: No creo que estés en condiciones de llevar el arma.

Samuel: ¡Estoy deprimido, no pendejo!

Oskar: O.K., O.K., vamos a hablar un momento. No se muevan.
Se sientan lejos a hablar en voz baja.

Ariel: Entonces... ¿te sigues sintiendo muy íntegra?

Ana: No me molestes, Ariel.

Ariel: Digo porque sí me sentí muy culpable cuando me reclamaste lo de no registrar los pedidos...

Ana: ¿Y?

Ariel: Pues que eres una doble cara, y luego para robar lo del turno, no mames. Eres la cajera, ni que no supieras la miseria que gana este lugar.

Ana: No lo hacemos para hacernos ricos.

Ariel: Ya me di cuenta.

Ana: Lo hacemos para recuperar una parte de lo que el sistema nos ha quitado.

Ariel: No lo puedo creer.

Ana: No es justo que trabajos como este alienen así a los jóvenes, quieren que vivas como un borrego, que no seas rebelde.

Ariel: Ya mejor no digo nada, pinches antisistema me cagan.

Marisa: ¡Tú puedes robar lo que sea, hermana!

Tomás: Nunca me imaginé que pensaras así, no lo aparentas.

Ana: ¡Otra vez! A ver, ¿qué aparento?

Ariel: No le respondas, Tomás, o va a seguir hablando.

Tomás: Pues así... de lentes, responsable, estudiante de administración, loca por el orden, inteligente.

Ana: ¡Me tienen hasta la madre con eso! Si uso lentes es porque soy una maldita ciega. Estoy así (*Hace un gesto con la mano*) de que me expulsen de la carrera... No soy un pinche ratón de biblioteca, sáquense ese cliché de la cabeza, por favor. Y lo admito, está bien, no soy inteligente, no estoy ni siquiera en el promedio. Solo finjo serlo porque de niña me metieron esa idea en la cabeza... Lo que sí sé es evidenciar las injusticias sociales...

Ariel: ¡Ey, Oskar! ¿Nos van a asaltar, sí o no?

Oskar y Samuel se acercan.

Oskar: Calmado, Ariel, ¿cómo te trata el jale?

Ariel: Pos ya ves.

Oskar: Está cabrón, ¿verdad? ¿Cómo andas, Tomás?, ¿al final sí te metiste al gym?

Tomás: Nel. Como te fuiste, al final me dio miedo tener que ir solo.

Oskar: Sí, es que ya tenía otras cosas que hacer.

Tomás: Le pregunté a Ariel, pero no quiere ir, el huevón.

Ariel: Pues es que, ¿qué es eso de que te da miedo? Ya estás grandecito.

Oskar: Acompáñalo un mes y luego va a poder ir solo.

Ariel: Que me pague ese mes y lo pienso.

Samuel: Oskar, ya, no mames.

Oskar: Ah, sí. Bueno, como ya perdimos mucho tiempo y no queremos seguir generando agravantes, les vamos a pedir que nada más nos den lo que llevan en efectivo y nos vamos.

Un grito se escucha desde el cuarto de escobas.

Luis: ¡Auxilio! ¡Ayuda!

Samuel va y abre el cuarto.

Samuel: ¿Quién es este pendejo?

Oskar: Pues no sé de qué hablas...

Oskar y Samuel entran al cuarto de escobas.

Luis: Oskar, qué bueno que viniste, díles que me dejen salir.

Samuel: ¿Quién es ese?

Oskar: Es el gerente.

Samuel: ¿Y por qué está atado?

Oskar: No sé, pero estos muchachos me tienen muy orgulloso, ni en mis sueños más locos se me hubiera ocurrido una pendejada como esta.

Luis: ¿Qué está pasando?

Samuel levanta su arma sarcásticamente frente a Luis.

Luis: ¡Putra madre! Voy a contratar un grupo de doctores en psicología para el Departamento de Recursos Humanos, me mandan puro pinche enfermito a esta sucursal, maldita sea.

Oskar: Mira... Lección número uno: en un asalto, si quieres imponer respeto, no te vas contra el más débil sino contra el más culero. Aparte de provocarles miedo también les empiezas a caer bien.

Oskar va a golpear a Luis.

Luis: ¡Espera! Ya estoy lo suficientemente amedrentado, un poco más no hará la diferencia, por favor.

Oskar: Hiciste que se me quitara la emoción, ya me dio como lástima.

Arrastran la silla de Luis afuera.

Saliendo del cuarto.

Luis: Vaya, tienes montado todo un circo aquí.

Oskar: De repente las cosas se salieron de control.

Erick: Papá, ¿qué te pasó?

Luis: Nada, me llevan a la competencia de amarrar personas de los *boy scouts*. ¿Qué chingados haces aquí?

Erick: ¡Se suponía que ibas a recogerme saliendo de la escuela!

Luis: Ya, ya, ya, no chilles, se me olvidó porque andaba ahogado de pacheco por culpa de estos pendejos.

Oskar: ¡No! ¿Es en serio?

Ariel: Fue un poco culpa de los dos.

Oskar: ¿De quién fue la idea de atarlo?

Ana: Mía.

Oskar: ¡Yo sabía que serías una gran secuaz! Pero, ¿para qué lo hiciste?

Ana: No, no sé, me pareció lo correcto en ese momento, pero ahora...

Oskar: No pasa nada, a veces las cosas se hacen solo por diversión... Levántate, eres parte del equipo otra vez.

Ana se levanta y abraza amorosamente a Oskar.

Ariel: Oskar, Ana desde la mañana ya se había robado dinero de la caja. Parte de tu equipo no creo que sea.

Oskar: ¿Eso es verdad?

Ana: Claro que no.

Ariel: Pregúntenle a Luis.

Luis: Pues, ahorita sí le faltó dinero, pero pensé que era porque estaba pendeja, no porque anduviera de lacra.

Ana: Oskar, era una emergencia.

Samuel: ¡Ni madres! Órale, de regreso al piso.

Ana: ¿Vas a dejar que me grite?

Oskar: Pues sí, ¿no?, ¿qué tiene?

Ana: Ahorita sí me defendiste.

Oskar: Es que ya nos hiciste muchas.

Samuel: Para empezar, no hiciste ni madres de lo que te pedimos, ya te tuvimos mucha paciencia, eres una inútil.

Ana se acuesta de nuevo.

Oskar: No te lo tomes personal, es solo que Samuel ya anda muy nervioso.

Samuel: ¡No estoy nervioso, chingado!

Oskar: ¿Ves lo que te digo?

Samuel: ¡Bueno, ya! Hasta parece que esta vieja te gusta.

Oskar: Solo quiero ser agradable.

Samuel: Sí, cómo no.

Oskar: No, es en serio, no me gusta, pero para nada. Su estilo nerd como que no va conmigo.

Ana: ¡Oye! También puedo ser ruda si quiero.

Oskar y Samuel se miran entre ellos incrédulos.

Ana: Oskar, pensé que tú y yo teníamos algo.

Oskar: *(Aún más incrédulo)* ¿Por qué?

Ana: Por cómo me tratabas cuando trabajabas aquí, hasta me

seguiste hablando cuando te corrieron.

Oskar: Te seguí hablando porque me caes más o menos bien. Estaba intentando ser amable, además tengo novia.

Samuel: Que esa tipa no es tu novia.

Ana: ¿Quién es?

Oskar: No la conoces, se llama Bárbara.

Ana: ¿A qué se dedica?

Oskar: Es lo que llamamos... una sexoservidora. Pero lo nuestro va más allá de lo físico y los negocios, nos amamos.

...

Oskar: ¡Por eso no me gusta hablar de lo que hace! Todos son una bola de puritanos, ella es una dama.

Samuel: Hay que hablar de eso después.

Samuel busca una silla para sentarse frente a Luis. Ana se tapa la cara con vergüenza.

Ariel: Oye...

Ana: ¿Qué?, ¿tú también vas a burlarte de mí?

Ariel: No, solo quiero decirte que no les hagas caso, yo creo que sí puedes ser mala.

Ana: ¿Lo dices en serio?

Ariel: Claro, siento que te acabo de conocer, estás bien pinche loquita.

Ana: Gracias...

...

Samuel: Vas, preguntale dónde está el dinero.

Oskar: A ver, hijo de la verga, ¿dónde lo pusiste?

Luis lo mira con desprecio.

Oskar: No va a hablar.

Samuel: Pues oblígalo.

Oskar se prepara para golpear a Luis, pero este no le aparta la mirada.

Oskar: ¡No puedo hacerlo! Ve cómo me mira.

Samuel: Es solo un señor, no mames.

Oskar: Me bloqueo, Samuel, que ellos te digan, ese sujeto puede causar mucho terror psicológico.

Los tres asienten.

Samuel: Son una bola de maricas.

Samuel se sienta frente a Luis.

Samuel: ¿Dónde está el dinero?

Lo golpea.

Erick: ¡No!

Luis sigue con la mirada fija y Marisa consuela a Erick.

Samuel: ¿Dónde está el dinero?

Lo golpea.

Samuel: Puedo hacer esto todo el día.

Luis: Uno puede pensar las pendejadas que quiera. Tarde o temprano alguien entrará o los verá desde afuera y llamará a la policía. Lo que me puedas hacer no es peor a lo que va a pasar si me llevo a soltar.

Samuel retrocede un poco y habla al oído de Oskar.

Samuel: Tienes razón, este tipo tiene problemas.

Oskar: Lo sé, mi vida no es la misma desde que trabajé aquí.

Luis: Ya cállate, Oskar, nunca llegabas temprano, tenía que pedirte que hicieras las cosas tres veces, cabrón. Las hamburguesas te quedaban crudas... Pero eso no es nada, puedo soportar la incompetencia de cualquiera. Te corrí por tu cara de idiota, no la soporto, te miro y quiero matarte. Te despedí antes de que yo hiciera una tontería y para rematar tienes ideas bien pendejas, pinches zurdos.

Ariel: Gracias.

Oskar: Oye, esto que está pasando es la consecuencia del disfuncional sistema capitalista en el que vivimos.

Ariel: Tenías que hablar, Luis...

Oskar: Piénsalo, el sistema está creado para saturar el mercado y generar inflación, entonces, las personas segregadas —como yo— tomamos un poco de eso que termina sobrando y estorbando.

Luis: Se acabó, me convenciste. Hay una caja fuerte en mi oficina, las llaves están en el cajón de mi escritorio. Llévense las ganancias de todo el mes, ya no me importa.

Oskar corre a la oficina.

Samuel: Espera, tenemos que repartirnos en partes iguales.

Samuel lo sigue.

...

Luis: Rápido, pendejos, desátenme. Oskar y su amigo al fin me van a conocer...

...

Luis: ¿Qué esperan? Antes de que vuelvan.

Los tres empleados pretenden que no los escuchan.

Luis: Hijos de la chingada... Erick, desamárrame tú.

Erick: No, papá, hay que dejar que se vayan con el dinero.

Luis: No hay dinero, pendejo, lo inventé.

...

Luis: Ya la cagaron.

...

Sale Samuel muy alterado.

Samuel: *(Apuntándole con el arma)* ¡Ya me estoy cansando de tus juegos!

Luis: Oskar, tu amigo no luce bien, se le puede escapar un tiro.

Oskar: Luis, es que yo también ya me cansé y la verdad sí se sintió feo lo que dijiste de mi cara.

...

Luis: Dispárame, ya no me importa, es más tortura tener que compartir la existencia con él.

Samuel: ¿Ah, sí? (*Se acerca a Marisa y Soledad*) ¿Y si las mato a ellas primero?

Luis: Aunque lo parezcan, no son compradoras habituales. No le tengo apego emocional a los clientes.

Samuel: ¿Qué hay de ella?

Luis: Se trata de dispararle a alguien que me agrada. Hazlo, tú también la odias.

Samuel: ¿Él sí te agrada?

Luis: Por favor, no conoces la cantidad de vatos sin huevos que terminan aquí. Esto es lo más interesante que le va a pasar en la vida, hasta le harías un favor.

Samuel: Te sientes un tipo muy rudo, ¿verdad?

Toma a Ariel de la camisa y lo levanta.

Samuel: Juro que le voy a hacer daño si no me das el dinero.

Luis: Ariel es...

Ariel: Ya sé lo que vas a decir: que soy mediocre, flojo, que no tengo futuro... ¿Qué crees? No me importa, solo quiero pasarla más o menos bien el resto de mi vida. Fumar hierba hasta que mi cerebro se haga gelatina es lo único que me causa satisfacción. Explórame volteando carne molida hasta que mi corazón se detenga por respirar grasa durante años, lo único que pido es un día a la semana para llenar mi cabeza de basura que no me haga dormir... Dispara de una vez, no soporto que me quiten más tiempo del fin de semana.

Oskar: Eso está duro, hermano.

Samuel: Sí, mejor vuelve a acostarte.

Oskar: Ya mero terminamos.

Ariel vuelve al piso y Erick le da su juego.

Erick: Toma, te lo presto.

Samuel: Esto sí te va a interesar.

Jala de la ropa a Erick.

Marisa: No, déjalo.

Samuel: Cállate el hocico.

Amenaza a Erick con el arma.

Samuel: ¿Dónde tienes el dinero?

Luis sonríe irónicamente, de manera casi perturbadora.

Ana: Ariel, tienes que ver esto.

Erick: Papá, ¿qué te pasa?

Luis: ¿Papá? Erick, ya me cansé de que me llames así, me enferma. Dime la verdad, ¿nunca has sentido una desconexión o aberración antinatural hacia mí?

Erick: No sé de qué hablas, ¿por qué dices eso?

Luis: Porque yo sí, por Dios que la siento... Es buen momento para que lo sepas, ya estás grande y qué mejor que vivir varias experiencias traumáticas el mismo día: no eres mi hijo, ninguno de tus hermanos lo es, es más, no son ni siquiera hijos del mismo sujeto. Muy seguramente tu verdadero padre es un tipo que usa un montón de productos para el cabello, colonia barata y la camisa desabotonada hasta el ombligo. Tu querida madre no cerró las piernas en todo el tiempo que estuvimos casados. Vaya zorra, ¿verdad?

Erick está con la mirada perdida, no reacciona con claridad, Samuel lo acerca al suelo de nuevo.

Luis: Pásale el mensaje a tus hermanos cuando salgas de aquí.

Marisa abraza a Erick.

Soledad: Y tú pensabas que tu padre era el peor.

Luis: Conozco esa mirada, es la mirada del perdedor. Admítelo, no te queda nada.

Samuel: No tengo ninguna mirada.

Luis: No me creo un tipo rudo, pero sé que soy más rudo que tú.

Samuel empieza a sollozar.

Oskar: Samuel, ¿qué te pasa? No llores frente a los rehenes.

Samuel: ¡Nunca me sale nada bien! No puedo conservar un trabajo, mis pinturas son un asco y tampoco sirvo para asaltante. Nada más sé dar lástima, ¿qué voy a hacer?, ¿pedir limosna afuera de las iglesias?

Oskar: Samuel... Créeme que, si terminarás así, nunca te faltaría una moneda mía en tu gorra, lo juro.

Samuel: Cállate, pendejo.

...

Soledad: Marisa, me está palpitando mucho el corazón y estoy empezando a ver borroso.

Marisa: ¿Necesitas tu inyección?

Soledad: Creo que sí.

Marisa: ¿Dónde las tienes?

Soledad: En la casa.

Marisa: Estás mintiendo.

Marisa se levanta para ir por el bolso de Soledad.

Samuel: ¡¿Qué te pasa, estúpida?!
...

Marisa: Necesita su medicina.

Soledad: Marisa, acuéstate, no quiero que te hagan daño.

Samuel: ¡Yo soy el que decide quién puede moverse!

Marisa: ¡Voy a ir por sus inyecciones!

Soledad: Si te pasa algo me voy a morir.

Marisa: Mamá, sin ti no voy a tener a nadie.

Soledad: Tienes que prometerme que vas a perdonar a tu padre.

Marisa: No voy a perdonar a nadie, vas a estar bien.

Soledad: Marisa, tu padre nunca hizo todas esas cosas, yo lo inventé para alejarte de él. Tu papá no tenía secretaria, nos

cambiamos de casa porque odiaba a los que vivían en ese barrio corriente y no vamos con mi familia porque me odian... Yo fui a la que descubrieron teniendo una aventura con el esposo de su hermana.

Marisa: ¿Qué?

Tomás se levanta y corre a atacar a Oskar.

Tomás: ¡Ah!

Oskar tranquilamente le da un golpe en la cara que lo deja en el suelo.

Oskar: ¡No! Tomás, perdón. No quería pegarte tan fuerte... Por eso debes entrar al gimnasio... En serio, perdón, de aquí eres el que mejor me cae.

Samuel: ¿Ves lo que provocas, gorda?

Marisa: ¿Cómo me llamaste?

Samuel: Gorda, seguro te lo dicen todo el tiempo. ¡Acuéstate ya!

Marisa: *(Acercándose)* Eres una mierda de persona.

Samuel: ¡Al suelo!

Marisa: ¡No!

Samuel dispara el arma contra Marisa. Hay un momento de terror y sorpresa general en los personajes. Marisa revisa su pecho y cabeza, está intacta.

Marisa: ¡Ah! *(Corre contra Samuel)*

Samuel: ¡No, no, no!

Marisa empuja a Samuel, haciéndolo caer bastante lejos. Samuel toma su arma y sale corriendo cómicamente hacia la salida. Marisa lanza una mirada furiosa a Oskar.

Oskar: Bien, eso fue todo, no quiero problemas. *(Huye)*

Marisa trata de atraparlo, pero no lo logra. Se escucha un auto rechinando llantas.

Luis: ¡Ariel! Llama a una ambulancia.

Ariel corre al teléfono. Marisa llega con Soledad ya con el bolso.

Soledad: Hija.

Marisa: No hables.

Marisa le inyecta su medicina.

Marisa: ¿Te sientes mejor?

Soledad: Sí, casi me muero del susto. ¿Cómo no te pasó nada?

Marisa: No sé...

Soledad: Hija, perdóname por todo lo que dije. Eres muy valiente, es lo único que me importa.

Marisa: Gracias, mamá...

Ana aprovecha que nadie le presta atención y corre.

Ariel: ¡Espera!

Ana: ¿Qué?

Ariel: ¿Te vas para siempre?

Ana: Pues sí, Ariel, no mames.

Ariel: ¿Qué fue lo que pasó?

Ana: Solo tenían balas de salva para asustar, son unos idiotas, pero no son malvados.

Ariel: Antes de que te vayas tengo que confesarte algo... Me gustas, lo haces desde el primer día que comenzamos a trabajar juntos.

Ana se acerca a él.

Ana: Ojalá lo hubiera sabido antes, no eres feo y la verdad me caes bien.

Le da un tierno, pero apasionado beso en los labios.

Ana: Mucha suerte.

Ana huye, Ariel se queda unos segundos pensando en lo que acaba de ocurrir y luego reacciona.

Ariel: ¿Estás bien?

Tomás: *(Desde ahora con voz nasal)* Sí.

Ariel: ¿Puedes caminar?

Tomás: Sí, *(Se levanta)* sí puedo. Me voy a mi casa.

Ariel: Ya no vas a regresar, ¿verdad?

Tomás: No, voy a pedir trabajo en un cine o algo, estoy cansado de comer hamburguesas todos los días.

Ariel: Oye, las mías saben bien.

Tomás: Sí, pero ¿todos los días? Yo paso... Te vi con Ana, te dije que le gustabas, estuvo bien mamón.

Ariel: Sí... yo tampoco me lo esperaba... Oye, hazme un favor, llévatelo y que agarre un camión que pase por su casa.

Tomás ayuda a Erick a levantarse, sigue con la mirada baja y traumatizado. Tomás se ríe por lo bajo.

Ariel: ¿De qué te ríes?

Tomás: Casi salvo el día, apuesto a que eso no te lo esperabas.

Ariel: No, la neta sí te viste como película de acción.

Tomás y Erick salen. Ariel va y desata a Luis, luego toma un trapeador y limpia la soda derramada en el suelo, Luis lo observa incrédulo.

Luis: ¿Tú no te vas?

Ariel: Lo haré si quieres que lo haga, pero no tengo a dónde ir... A mí sí me gustan las hamburguesas.

Luis: Yo sí me voy.

Ariel: ¡Qué chingones todos dejándome solo, eh!

Luis: Para como manejé la situación, tendré suerte si no me encierran a mí también. Prefiero evitarlo... *(Saca un fajo de billetes de su bolsillo trasero)* Siempre tuve el dinero conmigo.

Ariel: Eres un culero.

Luis: ¿Ves lo que te digo? Cuando el corporativo te llame diles que puedes encargarte en lo que encuentran a alguien. Tal vez hasta te hacen gerente, es muy sencillo, hasta un mono puede hacerlo.

Ariel: No creo que eso sea para mí.

Luis: Ariel, sé que siempre fui culero contigo, pero era porque veía algo en ti.

Ariel: Gracias...

Luis: Sí, sí, ya sé que no es la mejor técnica, pero ve lo que acaba de pasar y estás como si nada. Dices que solo quieres ver televisión y drogarte hasta quedar imbécil, pero el que seas consciente de que ese es tu destino te hace más inteligente que la mayoría, al menos estás despierto... Sigue tu vida como está si te hace feliz, pero ten en cuenta que también puedes triunfar en algo tuyo. Te voy a decir la verdad para que ya no pienses en eso: Ana no me tocó ni un pelo cuando nos quedamos solos, dije esas cosas porque me encabronó que me engañara.

Ariel: ¿Crees que debería ir a buscarla?

Luis: ¡No! Está loca, puedes conseguirte a alguien mejor.

Ariel: Creo que tienes razón...

Se escucha la sirena de la ambulancia.

Luis: Me voy, tal vez nos veamos algún día...

Ariel: Tal vez...

Luis se va antes de que llegue la ambulancia. Ariel quiere hablar con Marisa y Soledad, lo piensa mejor, hace un gesto restándole importancia y sigue limpiando, levanta la hamburguesa que Ana tiró, empieza a comerla. Mientras sigue con su trabajo las luces se desvanecen poco a poco.

Telón.

Cerdos y karate

Comedia negra familiar

Personajes.

David:

Hombre de 50 años, contador, utiliza una camisa polo fajada, pantalones cortos de mezclilla, huaraches con calcetines y lentes pequeños amarrados con una cuerda a su cuello.

Irma:

Mujer de la misma edad que David, ama de casa adicta a la limpieza. Sus ropas son de colores oscuros, usa una falda larga, blusa de manga larga, zapatos negros y una cruz en su pecho.

Edgar:

Joven de 25 años, usa playeras temáticas y pantalones de mezclilla, lentes de pasta gruesa, cabello largo y tenis para correr.

Kevin:

Joven de 16 años, usa ropa deportiva.

Oskar:

Amigo de Edgar, se dedica a la venta de drogas. Utiliza gorra, chaqueta y pantalones de mezclilla, casi pareciera que vive en otra época.

Carlos:

Primo de David, cuarenta años de edad, viste pantalones de vestir y camisas de manga corta, además de unos zapatos muy brillantes.

ESCENA 1

La acción ocurre en el hogar de una familia mexicana de clase media. En la sala de estar hay una televisión y un sillón en el que la familia se reúne. Junto a la sala se encuentra el comedor y después la cocina. También existen tres habitaciones, una para los padres y dos para los hermanos.

Televisión: Hoy, en «Pláticas de convivencia», estamos con el tema: Comunicación y los hijos. Es muy interesante lo que ya se ha planteado a lo largo del programa sobre cómo abordar las técnicas para tener una buena comunicación intrafamiliar. Ahora veremos el otro lado, ¿qué ocurre cuando nuestro trabajo como padres falla? Estamos con la psicóloga Cordero, que nos explicará más a fondo el tema. Buenas tardes, Andrea, para empezar...

Irma, que estaba viendo la televisión, la apaga denotando fastidio. Saca de su bolsillo un paquete de pastillas, tira las que quedan a la basura, suspira y escucha un claxon, va y abre la puerta.

Irma: David, ¿dónde estabas?

David: Comprando el mandado, ayúdame a poner las bolsas en la mesa. *(El hombre lleva varias bolsas de mandado y dos bidones de gasolina)*

Irma: ¿Qué compraste?

David: Lo de la lista.

Irma: No es verdad.

David: Sí...

Irma: ¿Y esto?

David: Gasolina, me la vendieron los vecinos, tienen un pariente guachicolero.

Irma: No me gusta que hagas negocios con ellos, desde que se mudaron no me siento segura.

David: No digas esas cosas, un día se te puede salir enfrente de

alguien y para qué quieres... Espera, falta lo mejor. (*David sale y entra con un par de cerdos amarrados como si fueran perros*)

Irma: (*Pegándose a la pared asustada*) ¡¿Por qué trajiste esos animales?!

David: Voy a poner una granja en el patio.

Irma: ¿Para eso compraste toda esa madera? Dijiste que ibas a practicar carpintería...

David: Ni te vas a dar cuenta de que están aquí.

Irma: Si te va a dar la crisis de la mediana edad, mejor compra un carro nuevo. No quiero esos animales en mi casa, vas a hacer que me vuelva loca. ¡Huelen horrible!

David: Yo no huelo nada... Mira, tengo un plan; la hembra está preñada, cuando nazcan los lechones los voy a vender y al macho lo vamos a sacrificar en el rancho. Luego conseguiré otro macho para preñarla y así sucesivamente, es un negociazo y lo mejor es que solo se comerán las sobras, estas cosas comen lo que sea.

Entran Edgar y Kevin por la puerta principal.

Edgar: (*Al público*) Cruzo el umbral de la puerta y me viene a la mente la imagen de un manicomio. Me llamo Edgar, por cierto. Tuve que regresar a casa de mis padres. Pensé que la carrera de diseño gráfico me iba a sacar adelante, pero claro que no, y por supuesto que las mujeres siempre prefieren al tipo con un trabajo seguro y emocionalmente estable... Mi novia me echó de su casa y ahora estoy atrapado de nuevo aquí. Ustedes los acaban de conocer hace un minuto, imagínense cómo es lidiar con ellos toda la vida... Cuando le di la sugerencia de hacer una granja casera fue de manera irónica. Siempre está tratando de meterse en negocios pendejos, ayer lo descubrí con mi computadora investigando en internet la ubicación del gasoducto más cercano. Debí decirle que abriera un bar o un casino caseros. Espero salir de aquí antes de que Irma se vuele los sesos en el baño.

Kevin: ¿Y estos cerdos?

Edgar: Ese es el inútil de mi hermano Kevin, es prácticamente una princesa y no lo culpo, es el mal de su generación. Como quien dice, apenas nos estamos conociendo ahora que regresé. Voy a ayudarlo a no ser tan nena.

Kevin quiere acariciar un cerdo, pero este trata de morderlo.

David: Todavía están muy alterados por el viaje.

Irma: ¡Saca esos animales de aquí!

David: *(A Edgar)* Ayúdame a llevarlos al patio.

Edgar: Sí, capataz.

David y Edgar llevan a los animales afuera.

Irma: ¿Cómo ves a tu padre trayendo esos animales? ¿Estás bien?

Kevin: Sí, solo me asustó.

Irma lo abraza.

Irma: ¿Dónde estaban?

Kevin: Fuimos al parque a practicar. *(Hace movimientos de karate)*
No quiero estar oxidado cuando acaben las vacaciones.

Irma: Te vas a insolar, toma agua.

Edgar entra.

Edgar: Ya sé qué nombres van a tener: Miss Piggy y Porky.

Irma: *(Sarcástica)* Muy gracioso.

Edgar: Ay, pobrecita niña, ¿te asustaron los cerditos?

Kevin: Casi me arranca un dedo.

Edgar: No estés de llorón. Ni siquiera alcanzó a morderte.

Irma: Ya déjalo. ¿Golpeaste a tu hermano?

Edgar: Claro que no, estábamos practicando.

Irma: Recuerda que eres más grande, lo puedes lastimar.

Kevin: No me pasó nada, mamá...

Irma: Si quieren practicar háganlo afuera, quiero estar cerca por si te lastimas.

Kevin: No podemos, por los cerdos.

Irma: Si te vuelven a tratar de morder, me dices.

Edgar: Síguelo tratando como una niña, luego no te quejes si te sale gay o algo.

David entra y se lava las manos en el fregadero de la cocina.

David: Me llamó Carlos, dijo que disolvieron la empresa.

Irma: Ya era hora, tendrá suerte si no termina en la cárcel.

David: Dice que no sabe qué va a hacer. Esperemos que no sea tan grave.

Irma: ¿Te pidió dinero?

David: Todavía no, pero está loco si piensa que le voy a prestar. Debí pensar antes de hacer todas esas malas inversiones, tuvo que consultarme antes de meterse a trabajar con ellos. A esas cosas se les llaman pirámides, aunque no lo crean sé mucho sobre eso...

Edgar: *(Irónico)* Deberías trabajar en Wall Street, papá.

David: Disculpa, ¿hace cuánto que tú no trabajas?

Edgar: Tres meses ya. Tú sabes cómo es, a veces me va bien, a veces me va mal, muy mal.

David: Tienes suerte de tener todavía a tu familia.

Edgar: Oye, yo fui el que te dio la idea de la granja.

David: Eso sí me sorprendió, nunca pensé que un... ¿Qué se supone que eres?

Edgar: Diseñador gráfico.

David: Jamás me imaginé que un diseñador gráfico pudiera tener tan buenas ideas.

Edgar: Me gusta tu sentido del humor. Voy a darle agua a los cerdos, Porky le está dando demasiado trabajo a Miss Piggy. *(Hace señas de cerdos copulando y sale)*

Irma: *(De espaldas lavando los platos)* Me preocupa tu hijo.

David: Él está bien.

Irma: Es un desubicado, no me sorprende que Valeria lo haya

terminado. No sé de dónde sacó esa actitud. No quiero que Kevin lo tenga de influencia.

David: Creo que lo estás tratando de manera injusta. ¿Ya se acabaron tus pastillas?

Irma: Óyeme, lo que te digo no tiene nada que ver con lo otro, no estoy loca.

David: Lo pregunto bien. Si se te acabaron, el viernes voy a conseguir más.

Irma: Ya no tengo. A la primera que haga quiero que hables con él para que se vaya.

Vemos a Kevin ir de su cuarto al patio, donde Edgar está fumando marihuana y grabando a los animales teniendo sexo.

Kevin: ¿Qué estás haciendo?

Edgar: Cierra la puerta, no quiero que se meta el olor.

Kevin: ¿Por qué los estás grabando?

Edgar: Para un proyecto. Yo antes era un artista, ¿no sabías?

Kevin: ¿Me das un poco?

Edgar: Estás loco, consigue la tuya... Te apuesto a que no sabes fumar.

Kevin: Claro que sé.

Edgar: Ten, rápido. Si mamá nos ve, me mata.

Kevin fuma y se ahoga, Edgar lo disfruta y sonríe.

Kevin: ¿Por qué mi mamá no te quiere?

Edgar: No sé, nunca logramos congeniar... ¿Sabías que si sufres quemaduras de tercer grado pueden ponerte la piel de un cerdo?

Kevin: No.

Edgar: Es una locura. Si lo piensas, los chicharrones podrían estar hechos con humanos y nunca nos daríamos cuenta.

Kevin: Sí, somos parecidos.

Edgar: ¿Has visto una mujer desnuda?

Kevin: No...

Edgar: Haz de cuenta. Si ya viste a esta cerda ya las has visto a todas, lo único que las diferencia es la capacidad de mirar hacia arriba pidiendo más.

Kevin: ¿Estás bien?

Edgar: Sí, es un audio para el video. Quiero hacer una especie de poesía y ponerla de fondo, con distorsiones psicodélicas, blanco y negro, ese tipo de cosas. Voy a estar hablando tonterías todo el día hasta que salga algo bueno.

Kevin: Necesito enviar unas tareas, préstame tu computadora.

Edgar: Hazlo rápido, acabaré con esto y comenzaré a editarlo. *(Al público)* Para mi desgracia, las alegorías de cerdos, humanos y sexo se me acabaron más rápido de lo que imaginé. Maldita sea, tengo la escena perfecta para algo conmovedor y estoy sin inspiración, tantos años diseñando logotipos para restaurantes de alitas me secaron el cerebro... Cinco minutos y el cerdo seguía, diez minutos, quince, veinte y no paraba... Estoy intentando hacer arte, O.K., no soy ningún degenerado.

Irma: ¡Edgar, ven aquí!

Edgar tira por accidente la marihuana que tenía y desesperadamente la esparce por el suelo con el pie. Se dirige a su habitación, donde se encuentran Irma y Kevin.

Irma: Necesito una explicación.

Edgar: ¿De qué?

Irma: Entré a tu cuarto y vi a tu hermano haciendo cosas que no le agradan a Dios con tu computadora.

Edgar: ¿Se la estaba jalando? Déjalo en paz, lo vas a traumatizar.

Irma: Ven aquí, quiero que veas algo. *(Lo acerca a la computadora)* ¿Cuántos años tiene la muchacha del video?

Edgar: No sé, yo creo como catorce.

Irma: Eso está mal, es una niña.

Edgar: Él tiene 16, supongo que entra en su rango.

Irma: Dice que lo encontró en tu computadora.

Edgar: ¿Qué? Claro que no.

Irma: Necesito que me digan la verdad.

Kevin: También lo vi fumando marihuana en el patio.

Edgar: Hijo de la chingada.

Irma: Esto es demasiado para mí, mírate esos ojos, tengo que rezar mucho para que Dios entre en tus pensamientos y los arregle, porque si no, no sé qué va a ser de ti. Tu papá va a saber de esto.

Edgar: Ya, déjenme solo. *(Irma y Kevin salen, Edgar se acuesta en su cama mirando al techo)* *(Al público)* No, por más que piensen lo contrario ese video no es mío, busquen a alguien más a quién molestar, no me hagan llamar a mi abogado.

ESCENA 2

Edgar se despierta de un profundo sueño y, confundido por el silencio, se dirige a la sala de estar, en donde se encuentra la familia viendo televisión.

Edgar: ¿Qué están viendo?

Kevin: Misterios sin resolver.

David: *(A Irma)* Es obvio que fue el hermano, se ve que va al gimnasio, es el único que pudo haberlo arrastrado de la calle a la casa, por eso no hay evidencia dentro.

Edgar: ¿Cómo estás, mamá?

Irma: Tú no me hables.

David: Ya me contaron lo que hiciste, tenemos que hablar luego.

Irma: Habla con él ahora.

David: ¿Y si dicen algo importante?

Irma: Te gritaré si pasa algo.

David se levanta y dirige a Edgar hacia la cocina.

David: ¿Ahora resulta que volviste a ser un drogadicto?

Edgar: Solo es un poco de hierba, ya la están legalizando.

David: Algo así escuché... Mira, es solo por tu madre, tú sabes que está un poco loca por esas cosas de Dios o lo que sea, tienes que ser paciente, ella no está bien... Cuando te fuiste trató de mejorar, hasta empezó a tomar medicamento, no sé cómo va a reaccionar a que hayas vuelto.

Edgar: Entiendo.

David: No me importa si andas un poco por las nubes de vez en cuando, siempre que ella no se entere, yo también lo hacía a tu edad.

Edgar: No sabía.

David: Claro que no lo sabías. Solo no vayas a empezar de

cristalero porque ten por seguro que te anexo, ¿te acuerdas de tus amigos de la colonia?, de eso ya no salieron. Además, quiero seguir teniendo mi tanque de gas y los focos funcionando.

Ambos ríen un poco por lo bajo.

Edgar: Es un trato.

David: Cuando salgas, no olvides parecer muy abatido... Espera, con respecto al video...

Edgar: Eso fue injusto, me incriminaron.

David: Sí me imagino a tu hermano haciéndote eso. ¿De cuántos años se veía la muchacha?

Edgar: Catorce, creo.

David: Bien, está dentro de su rango.

Edgar: Fue lo que le dije, yo nunca vería algo así.

David: No te preocupes, todo el mundo lo hace.

Edgar: ¿Qué?

David: Sí, todo el mundo se siente... ¿como decirlo? Atraído por mujeres más jóvenes, no tiene nada de malo.

Edgar: Estoy casi seguro que sí.

David: No pasa nada si todo se queda aquí. (*Refiriéndose a la cabeza*) Es cuando lo dejas salir que te metes en problemas, claro que también tiene que existir un rango. Tú sabes que a partir de los 15 empiezan a tener algo... Te lo digo para que después no te castigues a ti mismo, no tiene nada de malo.

Edgar: ¿Estás hablando en serio?

David: Oye, tranquilo, no pensé que fueras un moralista.

Edgar: No soy moralista, es solo... me huele muy mal.

David: ¿Se te hace? La verdad yo no percibo ningún aroma raro, aunque ahora que lo dices, los cerdos no han hecho nada de ruido.

Edgar: Creo que se comieron la marihuana que se me cayó en el patio.

David: No seas pendejo. Me salieron iguales a ti, entonces. Es broma.

Edgar se ríe de manera incómoda.

Irma: *(Desde la sala)* Corre, resultó que sí fue el hermano.

David: Lo sabía. *(Se va, dejando solo a Edgar)*

Edgar: *(Al público)* Parece que vivo con el puto Jeffrey Epstein, me lo esperaba de mi hermano, pero no de mi papá.

Edgar saca su celular, marca un número y se aleja a su cuarto.

Edgar: Oskar, qué bueno que respondes. ¿Cómo va todo?

Oskar: Bien, ando ocupado tratando de terminar unas pinturas. ¿Qué pasa?

Edgar: Se me acaba de terminar y van a ser días difíciles. No sabes cuánto la necesito.

Oskar: Ya es casi lo último que tengo, me marcas cuando llegues.

Edgar: No, tienes que venir, las cosas se pusieron intensas por aquí y ni de broma me prestan el carro.

Oskar: ¿Quieres que vaya caminando hasta tu casa? Tengo dos días para terminar esto, no puedo reprobar otro examen.

Edgar: Te pago el Uber.

Oskar: No sé, hombre.

Edgar: Mi papá compró un par de cerdos, tienes que venir a verlos.

Oskar: ¿En serio? ¿Por qué?

Edgar: Para hacer una granja en el patio.

Oskar: Tu familia está loca, llego en un rato.

Edgar: Te espero.

Cuelga el teléfono y hace un ademán de celebración, camina a la sala, ve un poco a la familia y sin decir nada se va a su cuarto.

ESCENA 3

Se escucha el timbre y Kevin revisa por la mirilla de la puerta.

Kevin: ¡Edgar, te habla Oskar!

Edgar: ¡Dile que pase!

Irma: Hola, Oskar.

Oskar: Buenas tardes, señora.

Irma: ¿Cómo estás? ¿Aún sigues en la escuela de arte?

Oskar: Sí, ya casi termino, o me gradúo o me sacan, para mí solo hay esas opciones.

Entra Edgar.

Irma: Mejor deberías hacer como Edgar y cambiarte de carrera, pero tú sí a una buena: abogado, doctor, hasta contador, como David, es buena opción. Yo te lo digo por tu bien.

Edgar: Qué pesada eres, mamá.

Irma: En fin, ¿cómo está tu familia?

Oskar: Bien, no tengo mucha comunicación con ellos desde que me mudé.

Irma: Parece que te va bien... Te preguntaba porque hace mucho que no los veo en la iglesia.

Oskar: Es que mi mamá se volvió atea.

Irma: No me digas.

Oskar: Pero no se preocupe, yo sigo siendo 100 % católico.

Irma: Me alegro mucho por ti.

Oskar: Para que no se olvide de ponerlos en sus oraciones.

Irma: Tenlo por seguro.

Edgar: Ven, te voy a mostrar las nuevas mascotas.

Kevin: ¿Los puedo acompañar?

Edgar: Claro que no, tonto, no te metas en mis asuntos.

Irma: Déjalos, Kevin. Ya son grandes, no está bien que te juntes con ellos.

Oskar y Edgar se encaminan hacia el patio.

Edgar: ¿Qué fue todo eso?

Oskar: Tu mamá me da miedo, solo quiero quedar bien con ella. ¿Ya mero se recupera?

Edgar: Pues no, pendejo, eso no se quita.

Llegan a donde están amarrados los cerdos.

Edgar: Ahí los tienes, se llaman Miss Piggy y Porky. Irónico, ¿no?

Oskar: No, sería irónico si se llamaran Snoopy y Garfield, en lo que estás pensando es en una obviedad o una reafirmación.

Edgar: Como sea. ¿Qué me traes?

Oskar: Esto es todo lo que me queda.

Edgar: Con eso será suficiente.

Oskar: ¿Puedo tocarlos?

Edgar: Bajo tu propio riesgo, casi le comen un dedo a mi hermano.

Oskar: Lo que pasa es que tu hermano es un pendejo.

Edgar: Lo sé, el muy cabrón le dijo a mi mamá que estaba fumando.

Oskar: No le dijiste que yo te la vendía, ¿verdad? Estoy seguro de que tu mamá mandaría a la policía a mi casa.

Edgar: No le dije, no te preocupes.

Oskar: Lo único que debes hacer es acercarte a ellos sin miedo. *(Acariciando a un cerdo)* ¿Lo ves?, son como perros obesos.

Edgar: ¿Cuánto te debo?

Oskar: *(Sacando su celular)* Es la hierba, más el servicio a domicilio, más el transporte. Quedaría en esto. *(Le muestra la cuenta)*

Edgar: ¿Estás jugando?

Oskar: No, y de hecho me vendría bien que me pagaras lo

atrasado, esta temporada va a estar difícil sobrevivir, conocí a una chica y estamos saliendo mucho, estoy gastando más que de costumbre. Supe lo de Valeria, estuvo culero, deberías decirle que te ayude a pagar esa temporada loca que tuvieron.

Edgar: Sí, ya sé... ¿Nada de crédito?

Oskar: Ya no puedo... Solo págame esto y lo atrasado, no quiero aprovecharme. Los vecinos los van a matar cuando empiecen a apestar de verdad. ¿Qué les dan? Quiero verlos comer.

Edgar: Aún no tenemos nada. Espera, voy por el dinero. *(Entra a la habitación de su padre y habla al público)* Malditos *dealers* usureros, haciéndose ricos mientras dejan al consumidor común en los huesos. *(Busca por todo el cuarto)* ¿Sabían que a Oskar le dio una hernia en la entrepierna cuando era niño y ahora solo tiene un testículo?, pues ha de ser un testículo enorme para venir a exigirme dinero... No sé cómo no lo han atrapado, le voy a mandar a la policía uno de estos días... ¿Dónde guarda el dinero?... Me va a escuchar cuando le pague. Si logro pagarle, porque no encuentro... *(Saca de abajo de la cama una caja de zapatos de la que extrae un fajo de billetes)* No creo que vaya a necesitarlo. *(Regresa con Oskar)* Aquí tienes.

Oskar: Veinte de cambio. Oye, ¿tienes comida?, no alcancé a comer en mi casa.

Edgar: Ya te había comprado lo mismo antes, ¿por qué ahora fue más? *(Llena su pipa con marihuana)*

Oskar: Era lo último, yo me manejo con precios de mercado.

Edgar: Sí, sí, ya lo había escuchado... *(Fuma y lo seguirá haciendo durante la escena)* Eso del servicio a domicilio... Por favor...

Oskar: No te lo cobraría si no estuviera así... Lo atrasado te lo cobro por tu bien, luego no podrás pagar los intereses. *(Utiliza su celular)*

Edgar: ¿Intereses?, ¿eres el Coppel de las drogas o qué?

Oskar: No, solo es así como funciona.

Edgar: Debería darte vergüenza hacerte rico subiendo los precios a costa de tus amigos.

Oskar: No confundas la amistad con los negocios. Yo también necesito el dinero, a mí no me mantienen mis papás. Si te gusta meterte tantas porquerías, para la otra, primero consigue dinero.

Edgar: No me mantienen.

Oskar: Claro que sí.

Edgar: Tú vendes drogas para sobrevivir, si no lo hicieras estarías igual o peor que yo.

Oskar: *(Suena su teléfono)* Ya llegó mi Uber, te veo un día de estos. *(Recorre la casa hacia la salida molesto)* Nos vemos, señora. *(Sale)* *(Desde afuera)* Sí, ahí están todos, solo toque.

Tocan a la puerta.

Irma: ¡Por Dios, esto ya parece plaza! *(Se levanta a abrir)* ¿Quién es?

Carlos: Soy Carlos, ¿está David?

Irma: Sí, deja voy a despertarlo.

Carlos: Perdón por eso, es una emergencia.

Irma: Sí, no importa, ponte cómodo.

Carlos camina de un lado a otro por la sala, prende el televisor, pero solo encuentra noticias y programas de chismes, así que la apaga, mira las bolsas de despena sobre la mesa del comedor y las inspecciona.

David: Hola, Carlos, me encuentras dormido.

Carlos: Lo siento, será rápido.

David: Está bien, solo no sabía que venías, tendría cerveza o algo.

Carlos: Te avisé cuando llamé.

David: No me acuerdo.

Carlos: ¿Por qué huele tan mal?

David le hace una seña para que sea discreto.

David: Perdón, ¿qué preguntaste?

Carlos: ¿Que si no te has sentido mal?

David: No podría estar mejor. ¿Tú cómo vas?

Carlos: Pésimo, mis compañeros dijeron que los afectados van a contratar un abogado.

David: Siempre dicen lo mismo, eso no debería preocuparte.

Carlos: *(Lo aleja un poco y le susurra para que la mujer no lo escuche)* Es fin de mes y no iba a venir a cobrarte porque sé que tampoco estás en condiciones, pero congelaron mis cuentas, necesito el dinero.

David: No hay problema, estaba prevenido, deja lo traigo.

Irma: ¿Qué está pasando?

David: Nada, solo me cuenta unos problemas con Mary, son asuntos personales.

Irma: No me mientas, escuché lo suficiente.

Carlos: Es solo una deuda de apuestas, no es la gran cosa.

Irma: ¿Es cierto?

David: Sí...

Irma: Sabes que no me gusta que apuestes, qué decepción.

David: Ya vuelvo.

Carlos: ¿Cómo están los muchachos?

Irma: Bien.

Carlos: ¿Edgar ya consiguió trabajo?

Irma: No, ha estado batallando.

Carlos: En la empresa estaban buscando a alguien que haga anuncios e imágenes. Él sabe, ¿no?

Irma: Para eso estudió...

Carlos: Sí... Ojalá lo hubiera pensado antes de que se fuera abajo.

Regresa David, se le nota preocupado.

David: No encontré tu dinero...

Carlos: ¿Cómo? Dijiste que lo tendrías hoy.

David: Te juro que lo tenía abajo de mi cama, pero ya no está.

Carlos: Pregúntale a tus hijos.

David: Ellos no lo tomaron, seguramente lo gasté y no me di cuenta.

Carlos: Necesito ese dinero, David.

Irma: Si es por una tonta apuesta, te lo pagaré después.

David: Irma, no te metas.

Carlos: Esto no es por una apuesta, me debes ese dinero.

David: Relájate, te haré un cheque.

Carlos: No quiero un cheque sin fondos, me has hecho perder mucho mi tiempo, ya me debes cuatro meses.

David: Bueno, ¿y qué vas a hacer? No tengo dinero para pagarte.

Carlos: Tengo que alimentar a mi familia. ¿Qué dices de esto, eh?
(*Apuntando a la despensa sobre la mesa*) Vemos el ticket y me llevo con lo que pagues el mes.

Irma: ¿Pagar el mes?, ¿de qué habla?

Entra Kevin y se para cerca de la puerta de la entrada.

Kevin: ¿Por qué están gritando?

David: Esto lo compré para mi familia. No tengo dinero así que hazle como puedas.

Carlos: Así lo voy a hacer.

David: No te atrevas a tocar mis cosas, lárgate de mi casa.

Carlos: Deja de hacerte el tonto con «tu casa». ¡Es mi casa!

Irma: ¿Qué?

Carlos: Buenas tardes. (*Comienza a tomar las bolsas y se dirige a la salida*)

David: ¡Óyeme!

David gira a Carlos tomándolo del hombro, Carlos lo empuja y lo hace caer al suelo. Llegando este a la puerta, Kevin lo golpea en la cara con un movimiento de karate con la palma abierta, Carlos cae al suelo, las bolsas de plástico se rompen, desparramando los artículos.

ESCENA 4

Edgar y Kevin están en una cancha de parque. Edgar está sentado en una banca usando su celular, mira un momento a Kevin, que está en posición de pelea.

Edgar: Párate bien, separa las piernas.

Kevin: Están separadas.

Edgar: Así nunca vas a golpear bien.

Kevin: Tú qué vas a saber.

Edgar: Soy cinta morada, güey.

Kevin: ¿En serio?, ¿por qué lo dejaste?

Edgar: Me cansé de la estafa esa del bien, la disciplina, el honor. Yo no creo en esas cosas.

Kevin: Sí, lo mejor son los golpes.

Edgar: ¿Quieres aprender el golpe maestro?

Kevin: Claro.

Edgar: Ponte en posición, más abajo, pon la mano y cierra los dedos dejando al descubierto la palma. Vas a pegar con esta zona para que no solo golpees con el puño sino con todo el brazo, asegúrate de tenerlo bien estirado. La posición es así de baja porque vas a golpear la nariz del oponente de abajo hacia arriba, como si quisieras mandarlo a volar. Es una zona muy sensible, prácticamente es un golpe directo al cerebro.

Kevin: ¿Como esto? (*Pretende que lo va a golpear*)

Edgar: No seas molesto, si me golpeas te lo regreso. Hazlo unas diez veces y regresamos a la casa, hace mucho calor.

Kevin: O.K.

Edgar: Ese golpe solo se utiliza en emergencia, no vayas a dejar más tontos de lo que son a tus amigos.

Kevin: Sí, sí... (*Kevin repite varias veces el movimiento*)

Edgar: Ese ya se vio bien. Vámonos, mañana volvemos.

ESCENA 5

Edgar: En mi casa ya no me van a bajar de drogadicto, así que no me importó ir por un poco de agua, tenía la boca tan seca que sentía la textura de mi lengua. Todo estaba resplandeciente e iba en cámara lenta. Vi cómo mi madre, entre gritos que parecían murmullos, cerraba la puerta con llave. Por poco me tropiezo con una... «Lata de duraznos en almíbar», tú vienes conmigo, deliciosa... Mi hermano se ve perturbado, «la próxima vez que te la quieras jalar, cierra la puerta con llave, pendejo». Todos actúan muy raro. Me sirvo un vaso con agua, viene mi padre, mueve su mano frente a mi cara, yo le digo «ando muy mal, vas a tener que arreglártelas solo» y me arrebató mi bebida. No voy a reclamarle, el agua es algo así como gratis. Bebo aproximadamente dos litros, busco el abrelatas para mis duraznos en almíbar, giro y veo a Carlos en el suelo, qué bueno, me caía mal, ¿qué clase de godín usa zapatos italianos? Seguro anda en drogas como Oskar. Camino a mi cuarto y no puedo dejar de pensar que yo les quería contar una pequeña y depresiva historia acerca de mi miserable vida y esto ya no se trata sobre mí, se trata sobre el tipo muerto en la entrada de mi casa. *(Se esconde en su habitación)*

Irma: ¿Está respirando?

David: No, ya dejó de hacer burbujas con la sangre...

Irma va con Kevin para tratar de tranquilizarlo, él está en estado catatónico.

Irma: Todo va estar bien, hijo, no te preocupes, todo va a estar bien.

David: ¿Por qué hiciste eso?

Irma: No te va a responder, ve a buscar alcohol.

David se sienta y se frota la cabeza.

Irma: ¿Qué haces? No es momento de descansar, ve por Edgar y dile que te ayude a meter el cuerpo a nuestro cuarto.

David: ¿Por qué demonios está muerto?, ¿por qué?

Irma: ¡Ve por él!

David: ¿No lo viste cuando se paseó por la cocina como si nada pasara? En este momento no nos puede ayudar. *(Hace una seña de fumar)*

Irma: No lo puedo creer. Llévatelo, tengo que ayudar al niño.

David: Eso se tiene que pasar solo. Me voy a lastimar la espalda si no me ayudas.

Irma: Yo no...

David: Solo toma los pies.

Irma: Levanta con las piernas, no con la espalda.

David: Ya sé, ya sé...

Llevando el cuerpo hacia el cuarto.

Irma: Acomódale la cabeza, por favor, no soporto verla así.

David: No presiones.

Irma: ¿Qué quiso decir con que esta es su casa?

David: Hemos pasado 15 años pagando renta.

Irma deja caer los pies del cadáver.

David: ¡Carajo! *(Deja caer el resto del cuerpo y toma a Irma del brazo)*
Toma sus pies.

Irma: ¡No!

David: ¡Rápido!

Irma obedece y llegan a la habitación, cierran la puerta con ellos fuera, David camina a la sala tratando de evitarla.

Irma: ¿Qué pasó?

David: No es importante ahora. *(Busca productos de limpieza)*

Irma: Solo quiero saber.

David: Ayúdame a limpiar. *(Tienen varios tipos de detergente, hincados)*

limpian la sangre del piso) Había leído que las compañías de internet eran el futuro y estaba harto de ser solo un subalterno, quería ser parte de algo más grande y me puse a invertir, pero eran demasiadas empresas, tantas que en esos momentos solo era azar. Hipotequé la casa para hacerlo.

Irma: ¿Por qué no me consultaste?

David: No me hubieras apoyado.

Irma: Claro que no, ve lo que nos hiciste.

David: Déjame terminar... Puse el dinero en muchas empresas que ya no existen, pensé que podría entender cómo funcionaba todo eso, pero fue un error. *(Irma tira el trapo a la cubeta y va a buscar otro)* Carlos compró la casa cuando ya no podía pagarla y nos dejó vivir de renta.

Irma: ¿No podías comprarla de nuevo?

David: No lo aceptó, según él usó los ahorros de su vida y tenía que sacarle provecho a su inversión.

Irma: Cómo lo odio.

*David recoge los productos de limpieza y los guarda, se sienta en la sala.
Oscuro.*

ESCENA 6

Irma abraza a su hijo, que sigue con la mirada fija. Mira por la ventana.

Irma: Su auto sigue afuera... Tienes que deshacerte de él.

David: No quiero ir a buscar sus llaves.

Irma: Las dejó caer, están bajo la mesa.

Escuchan el sonido de una puerta abriéndose y se sobresaltan. Es Edgar, sale de su cuarto y entra a la cocina con actitud despreocupada.

Edgar: Tengo mucha hambre, mamá, ¿vas a hacer algo de comer?

Irma: No tengo ganas.

Edgar: Ni modo, creo que me prepararé un cereal. ¿Compraste, papá?

David: Está sobre la mesa.

Edgar: *(Comiendo cereal)* Tuve un sueño muy extraño; todo empezaba conmigo estando muy hambriento, entonces iba y platicaba con los cerdos para que me retaran a un duelo de acertijos, pero eran cerdos así que sus preguntas eran tontas, no las recuerdo ahora, pero eran muy fáciles, yo les ganaba su comida, pero como era comida de cerdo me daba mucho asco y pensaba: «Estás en tu casa, solo ve por algo de comer». Eso hice, pero la casa no era como esta, era más estrecha y más alta, aparecía un hombre que lucía igual al tío Carlos, pero yo sabía que no era él, estaba en el piso porque se había metido a descansar sin permiso y mamá estaba tratando de ahuyentarlo. La mujer de mi sueño no se parecía a ti pero sabía que eras tú, en ese momento quería ir a ayudarla pero supuse que si me acercaba iba a tratar de correrme a mí también, entonces fui corriendo a esconderme en mi cuarto. Bastante loco, ¿no?

Irma: Está fingiendo.

Edgar: Maldita sea, son unos egoístas, era su oportunidad de dejarme fuera de esto y lo arruinan.

Irma: Tienes que acompañar a tu padre a deshacerse del auto de Carlos.

Edgar: Estás loca, ya empaqué unos cambios de ropa para irme a la casa de mi abuela, con suerte la hago pensar que estamos martes y cuando vengan a investigar dirá que estuve con ella antes de que esto pasara.

Irma: ¡No me digas loca!

David: Hijo, por favor, he hecho muchas cosas por ti, te dejé volver luego de lo hiciste...

Edgar: No puedes usar eso en mi contra. Ustedes fueron los que me arruinaron, nunca quisieron ayudarme, ¡y lo peor eras tú!

Irma: ¿Yo?

Edgar: ¡Sí! ¿Por qué me odias? Me alegra que hayas buscado ayuda, en serio, pero, ¿por qué tuviste que esperar hasta que me fuera? Pude haber sido alguien completamente diferente.

Irma: La verdad siempre quise una niña...

David le habla a Edgar en privado.

David: Hijo, tu mamá se acaba de quedar hoy sin medicamento y a decir verdad no creo que lo estuviera tomando desde que llegaste... Hoy más que nunca tienes que ayudarme...

Edgar: Te voy a acompañar y después de eso me voy con la abuela.

ESCENA 7

David y Edgar están fuera del auto de Carlos, Edgar usa uno de los bidones para llenar el tanque de gasolina.

David: ¿Por qué haces eso?

Edgar: Parte del plan.

David: Toma. *(Le da las llaves)* Maneja tú.

Edgar: ¿Seguro? Siempre lo haces tú.

David: Me están temblando mucho las manos.

Entran en el auto y Edgar lo enciende.

Edgar: Apenas subió los litros que le puse.

David: No me sorprende, todo empezó porque no tuve dinero para pagarle la renta.

Edgar: ¿Cuál renta?

David: Te lo explico después. ¿Tú no viste un fajo de billetes que generalmente guardo en mi cuarto?

Edgar: A lo mejor lo gastaste y no te diste cuenta, hoy compraste muchas cosas.

David: Eso mismo pensé... ¿Qué vamos a hacer?

Edgar: *(Al público)* Este fue el plan: conduciremos a un centro comercial alejado, uno donde no haya aglomeraciones, dejaremos el auto ahí con las llaves puestas y las puertas abiertas, solo tendremos que esperar escondidos por ahí hasta que alguien lo robe y podremos irnos. Cuando reporten como desaparecido al tío Carlos...

David: No era realmente tu tío.

Edgar: No importa, cuando lo reporten como desaparecido, el problema caerá en quien tenga el auto. Créeme, será una persona que se lo merezca.

David: Es perfecto.

Edgar: *(Al público)* Nuestra primera parada: Wal-Mart.

Escondidos detrás de un auto ven que se acerca una persona.

Edgar: Ahí está, seguro él lo roba.

David: Tiene toda la cara.

Edgar: *(Al público)* Bien, pasaron 15 minutos y el sujeto solo se quedó ahí parado como un imbécil.

David: ¿Qué chingados hace?

Edgar: No sé, voy a hablar con él. *(Al público)* Para acabar pronto: vio el auto con las llaves puestas y pensó que debía hacer su buena obra del día esperando al dueño... Segunda parada: Alsuper.

David: Pinche pendejo, el próximo que dure más de cinco minutos en decidirse a robar no vale la pena.

Edgar: Ahí viene uno, eso, muerde el anzuelo, sí, ya abrió la puerta.

David: ¡Se está llevando las llaves! ¡Corre, corre!

Edgar: *(Al público)* La siguiente víctima fue un niño de 15 años que pensó sería muy gracioso robar las llaves de un auto y mostrarlas a sus amigos. Por suerte era obeso y logré alcanzarlo. Esto se ha vuelto un poco humillante. A Soriana.

David: Ya me cansé de esperar, tu plan no va a funcionar.

Edgar: Pues al menos tengo uno.

David: Es tarde, tenemos que regresar, tu mamá debe estar preocupada.

Edgar: No podemos regresar con el auto, ¿qué vas a hacer?

David: No sé, solo siento que tu plan no funciona.

Edgar: Entonces piensa uno que te guste...

David: Vamos a la estación de autobuses, dejamos el auto ahí y compramos dos boletos a Puerto Vallarta, uno a su nombre y otro con el nombre de Lupita o algo así.

Edgar: Es el plan más pésimo que he escuchado en mi vida.

David: Como si el tuyo fuera muy bueno...

Se escucha el rechinado de llantas acelerando.

Edgar: Lo hicimos...

David: ¡Nos robaron el auto!

Celebran con entusiasmo y se abrazan.

Edgar: *(Al público)* ¿Es deprimente que haya que matar a alguien para que tu papá te abrace? Es un poco incómodo, pero no hay tiempo para analizar los problemas de la niñez. Tomamos dos autobuses para llegar a casa. Fue un camino muy largo. Papá y yo no somos muy conversadores. Llegando a casa ya estaba lista la cena.

Entran a la casa.

Irma: ¿Cómo les fue?

David: Logramos perder el auto.

Edgar: ¿Qué preparaste?

Irma: Chuletas, ensalada, puré de papas y, para tomar, vino.

Edgar: No sabía que tuviéramos vino.

David: Estaba escondido, nos daba miedo que te lo tomaras.

Irma: Ve por tu hermano.

David: ¿Cómo está?

Irma: Logré hacer que se moviera, pero sigue sin hablar. No quiero que nadie mencione el tema, nos merecemos una cena tranquila. Voy a servir.

Edgar se dirige al cuarto de Kevin, va a abrir, pero decide tocar la puerta tres veces y esperar dos segundos, luego entra.

Edgar: Mamá está sirviendo... Hizo chuletas... Tienes que ir antes de que se enfríe, que la comida se enfríe... *(Se sienta en la cama)* Cuando tenía 10 años me regalaron una resortera y era muy bueno usándola... Un día pasó por la barda un gato y le disparé justo en la cabeza, cayó al piso muerto y para que no me regañaran lo enterré debajo del árbol. No estoy diciendo que sea lo mismo, estoy tratando

de decir que te apoyo, los accidentes ocurren todo el tiempo, no es bueno pasar toda tu vida lamentándote y pensando en lo que hubiera pasado... *(Para sí mismo)* ¿Qué hubiera pasado si no me robo el dinero de papá?, por ejemplo. Son cosas que pasan y no son completamente tu culpa, Edgar, solo piensa que siempre hay alguien que está peor que tú y agradece no ser esa persona, es hora de seguir adelante... *(De nuevo a Kevin)* ¿Vienes a comer o qué?

ESCENA 8

Está la familia viendo películas en la sala, el padre está terminando de lavar los platos.

David: ¿Qué pasa?, ¿ninguno tiene sueño?

Irma: Están pasando buenas películas hoy.

Edgar se levanta para hablar con David.

Edgar: *(Susurrando ebrio)* De hecho no me he ido porque mi cuarto está frente al suyo, me llega muy fuerte el olor de...

David: Vamos a hacer algo diferente esta noche, voy a traer los colchones y cobijas para hacer una pijamada.

Irma: Suena divertido.

David: *(A Edgar)* Ayúdame a traer tu colchón.

Antes de que se vayan, Irma lo detiene.

Irma: *(Susurrando)* ¿Qué vamos a hacer con Carlos?

David: Pensaremos eso en la mañana, ahora solo quiero pasar una buena pijamada con mi familia.

ESCENA 9

Edgar: *(Al público)* Despierto, abro los ojos y descubro que tengo un dolor de cabeza intermitente que no me dejará hasta medio día, parece que me he sobrepasado con el vino. ¿A qué se debía que yo estuviera tomando vino? Recuerdo el motivo y me gustaría que fuera una pesadilla, pero no es así. Estoy acostado en el piso de la sala escuchando discutir silenciosa pero enérgicamente a mis padres.

Irma: Quiero que actúes como un hombre y me digas de una vez, ¿qué vamos a hacer con el cadáver?

David: La única manera que conozco para deshacerme de un cuerpo es darle un entierro digno; soy un contador, no un mafioso, ¡que me metan a la cárcel por no serlo!

Irma: Eso es exactamente lo que va a pasar si no haces algo, nos encerrarán a todos.

Edgar: Ey, ¿qué tanto discuten?

Irma: Ahora que estás despierto, ayúdanos a pensar.

Edgar: No, gracias.

Se escucha el sonido de los cerdos.

David: Vamos, hijo, tú eres inteligente, inventaste el plan del auto.

Edgar: No soy inteligente, solo he visto demasiada televisión y lo que pasa en la televisión no funciona en la vida real.

Los sonidos continúan.

Irma: Quiero que te lleves lejos a esos cerdos.

David: Solo tienen hambre, no los he alimentado desde ayer.

Irma: ¿Está dormido?

Edgar: Sí.

Irma: Llévatelo, llévalo a su cuarto.

Edgar obedece, despierta a Kevin y lo guía hasta su cuarto.

Irma: *(Hasta que se queden solos)* Se lo vamos a dar de comer.

David: ¡Estás loca!

Irma: Es la única forma de no dejar evidencia.

Regresa Edgar.

Edgar: ¿Qué les pasa?, ¿ya pensaron en algo?

Irma: La semana pasada te regañé por estar viendo una película donde salían unos gitanos, ¿cómo se llamaba?

Edgar: ¿Cerdos y diamantes?

David: Tu mamá quiere que los puercos se coman a Carlos.

Edgar: No pueden sacar soluciones de las películas, eso no funciona.

Irma: Revisa en tu celular.

Edgar: *(Al teléfono)* ¿Puede un cerdo comer a un humano? No, demasiado sospechoso... ¿Qué comen los cerdos? Dice: «Los cerdos son animales omnívoros capaces de consumir cualquier material de origen orgánico ya que se caracterizan por tener un gran apetito».

Irma: Ahí está.

Edgar: ¿En serio quieren hacer eso?

David: Parece que es la opción más viable.

Edgar: ¿Podemos desayunar primero? No creo poder hacerlo después de eso.

ESCENA 10

David y Edgar frente al cadáver de Carlos.

Edgar: Se ve un poco hinchado, ¿no crees?

David: Es por el calor. Vamos a llevarlo.

Edgar: Lo pensé y no creo que los cerdos se coman su ropa.

David: Tienes razón, se la voy a quitar.

Edgar: ¿Quieres ayuda?

David: No, está bien.

David empieza a desnudarlo y Edgar tiene arcadas.

Edgar: No, no mames, huele bien culero. Se cogó encima.

David no aguanta más y corre a una esquina a escupir y vomitar.

David: Es peor que los cerdos.

Edgar: ¿O sea que sí puedes olerlos?

David: Pues claro que sí, ni modo que no...

David y Edgar continúan tratando de aguantar la respiración.

Edgar: ¿Puedo conservar sus zapatos? Son italianos.

David: Sí, como sea, solo espera unos meses antes de usarlos.

Edgar: Nunca había visto un hombre desnudo.

David: ¿Y la pornografía?

Edgar: Me refiero a en vivo.

David: Sí, yo tampoco. ¿Estás listo?

Edgar: Sí.

David: Uno, dos, tres...

Lo levantan y lo llevan casi a rastras al patio, lo ponen frente a los cerdos.

Edgar: ¿Realmente crees que se lo coman?

David: Si no, encontraremos otra forma.

Los cerdos olfatean el cuerpo.

Edgar: No lo quieren.

David: Tienes que darles tiempo (*A los cerdos*). Escúchenme, no les voy a dar nada más hasta que se lo terminen.

Edgar: Tal vez se animen untándole mantequilla o mermelada.

David: Hijo, con suerte no tendremos que hacer eso.

Edgar: Tengo una idea. (*Esparce marihuana sobre el cuerpo de Carlos como si fuera orégano. Un cerdo da el primer mordisco y empiezan a comerlo, David y Edgar le dan la espalda a la escena*)

David: ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

Edgar: Me pareció lógico... ¿Crees que tarden mucho?

David: Tres días como máximo.

Edgar: ¿Podemos deshacernos de ellos después?

David: Sí lo pensé, sería demasiado raro tenerlos aquí.

Edgar saca su pipa y comienza a prepararla, David lo mira extrañado.

Edgar: ¿Quieres?

David: Estoy muy viejo para eso.

Edgar: Créeme, la necesitas. (*Le da la pipa a su padre*) Ya pasamos a un nuevo nivel como familia, fumar un poquito de hierba es irrelevante.

Fuman en silencio unos instantes.

David: Deberíamos decir unas plegarias.

Edgar: ¿Te parece apropiado?

David: Me parece inapropiado no hacerlo.

Edgar: Voy por mamá.

David: No, déjala, no quiero que vea esto, yo lo haré... Jesús, que estás en el cielo y viste lo que ocurrió... Te pedimos que salves el alma de Carlos y no permitas que regrese a atormentarnos en forma de fantasma... También te pedimos, ya que fue un accidente, que la mano de la justicia nunca caiga sobre nuestra familia, que nos haga más unidos y podamos pronto superar los problemas que esto nos cause.

Edgar: Amén.

David: ¿Quieres agregar algo?

Edgar: No.

David: ...Dios me está castigando.

Edgar: Tú no has hecho nada para merecer esto.

David: El video de tu computadora es mío. Lo vi por curiosidad cuando me lo mandaron e intenté que no me gustara, pero no pude... Nunca pensé que yo terminaría siendo así, que sería... malo.

Entra Kevin, luce un poco repuesto.

Kevin: ¿Qué están haciendo? (*Vé a los cerdos comiéndose a Carlos y sufre un ataque de pánico, Edgar le ofrece la pipa para que se calme, Kevin la tira al suelo y empuja a Edgar*) ¡Fue tu culpa!

Edgar: ¿Qué te pasa, pendejo? (*David no interviene, los mira como si todo ocurriera en un lugar muy lejano, Kevin sigue violento*) ¡Te voy a golpear si no te calmas!

Pelean y Edgar logra someterlo.

Kevin: ¡Tú le robaste el dinero a papá!

David siente un mareo y se apoya contra la pared, Edgar suelta a su hermano y va a ayudarlo.

Edgar: Ven, vamos a sentarnos.

David: No me toques. (*Se sienta por su cuenta*) ¿Es verdad?

Edgar: Sí... pensé que no lo ibas a necesitar.

David: ¿Por qué lo hiciste?

Edgar: Necesitaba pagarle a Oskar unas deudas de drogas, pero eso fue hace mucho tiempo, lo juro.

David: Eres un pendejo, todo esto es tu culpa.

Edgar: Yo no fui el que le pegó.

Kevin: Con el dinero no hubiera pasado nada.

Edgar: Y tampoco si esta fuera nuestra casa. Todos tenemos algo

de culpa, tú dijiste que Dios te estaba castigando.

David: ¡Ya! No quiero que nadie vuelva a tocar el tema. En lo que a nosotros concierne esto nunca pasó, tenemos que olvidarlo. Entren.

Entrando a la casa, Kevin mira con odio a Edgar y se le adelanta golpeando su costado, Edgar recoge su pipa y la guarda en su bolsillo, se le nota afligido. El padre hace una rabieta, patea el piso y entra a la casa. En la sala, la familia está viendo un programa de televisión.

Televisión: ...De los mejores consejos que yo puedo darte, Andrea, es: para superar un trauma debes incluir a tu entorno familiar en el proceso de sanación, muchas veces el integrar a tus seres queridos hace todo mucho más rápido y llevadero. Se mejora la parte emocional. En muchos casos esto resulta mejor que la medicación. Claro que debe estar acompañado de la ayuda de un terapeuta que pueda escuchar más allá de las palabras con verdadero interés en lo que viviste, los problemas no deben de callarse.

La madre cambia de canal, vemos una última imagen de la familia, ambos hermanos llenos de tierra, con moretones y la ropa rota, el padre viendo al techo haciendo respiraciones y la madre jugando con sus pulgares. La luz se desvanece.

FIN.



www.pech.icm.gob.mx

Impreso y hecho en México por:



Grupo Industrial Gráfico

la más alta calidad en artes gráficas

Este tiraje consta de 300 ejemplares.

Imapcolor, S.A. de C.V.

Av. Luis G. Urbina #130

Complejo Industrial Chihuahua

Chihuahua, Chih.

Tel. (614) 388 3600

www.imapcolor.com

Printed in Mexico



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022

CUARTO DE LIBRA CON BALAS / CERDOS Y KARATE

Un estudio pulp

VÍCTOR HERNÁNDEZ CASTILLO

La dramaturgia de Víctor Hernández Castillo ha adquirido una voz propia que suena fresca, libre y descarada, que le da un respiro al teatro del norte del país con textos que reflejan la influencia que tenemos como frontera con los Estados Unidos, que habla por su generación y la desfachatez de la misma. Son textos que invitan a seguir leyendo, arrastrados por el morbo y la constante interrogante del «qué pasará», son dramaturgias que proponen acción e intensidad, son absurdos que reflejan la insatisfacción de una parte de la sociedad.

Es la esperanza de quien redacta estas líneas, que estos textos lleguen a los ojos de un director teatral competente (y descarado) que pueda llevarlos a escena y que, si tenemos suerte, podamos disfrutar muy pronto. Pienso que valdrá la pena.

Víctor Velo

